

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID



# LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

EPOCA 3.<sup>a</sup> — AÑO IX. — TOMO VII.

NÚMERO 4. — Madrid 5 de Febrero de 1884.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.



FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS, DEFENSOR DE LA LIBERTAD DE LOS INDIOS.



## SUMARIO

TEXTO.—Revista, por Nulema.—Crónica, por D. D. Isern.—La Cuestión social, por Blas.—Los Grabados.—Vindicación de San Gregorio VII (continuación).—La Cananea, leyenda bíblica.—Ferrocarri-les excepcionales.—Bibliografía.—La Rama de coral, novela histórica de Enrique de Cauvain (continuación).—Patentes de invención. GRABADOS.—Fr. Bartolomé de Las Casas, defensor de la libertad de los indios.—Interior de la iglesia de Santa Sofía, en la actualidad mezquita de los turcos.—Iglesia de San Vicente en Avila.

## REVISTA



os hallamos en un período de gran actividad, de extraordinario movimiento, de general contradanza, así en los salones como en los Ministerios, en los gabinetes aristocráticos y en el Gabinete gubernamental.

Danzan las niñas bonitas en las *sauteries* y en las *soirées*, mientras que los niños mimados de la política bailan al compás de la música conservadora; danzan las mujeres elegantes y los hombres distinguidos; bailan las jóvenes solteras y los caballeros cesantes, porque unas y otros se hallan en estado de merecer; todos danzan con afán y hasta con frenesí, convirtiendo la sociedad en una romería del diablo.

*Asmodeo*, el príncipe de los demonios, según los rabinos, es el cronista de estos bailes, y en verdad que cumple á maravilla su encargo, relatando casi diariamente en el periódico de más circulación en España las fiestas de los salones.

Sentiría exagerar, pero es una convicción de mi ánimo, que el relato constante de estas fiestas es un cebo á la revolución socialista que se está preparando en España, como en el resto de Europa. Lo digo sin ánimo de molestar á nadie, sin afán de oposición sistemática á todo lo moderno, guiado sólo por el sentimiento de mi deber como periodista católico: las crónicas de *Asmodeo* en *La Correspondencia de España*, son un ariete diabólico contra los baluartes de la aristocracia, así antigua como moderna, de la sangre como del dinero, instrumento eficazísimo que sublevando á los pobres contra los ricos, á los plebeyos contra los patricios, contribuirá á ensanchar el abismo que el odio revolucionario ha abierto entre las opuestas clases sociales, y á preparar la guerra brutal de la anarquía socialista contra los ricos, último término de las conquistas del progreso moderno.

Ya sé yo que no es este el propósito ni del revisor de salones, ni del periódico que publica sus crónicas madrileñas; pero el daño resulta, porque es imposible que no subleve á los plebeyos, pobres ó medianos, la interminable relación de esas fiestas, donde se paga tributo á la vanidad y al sensualismo, al lujo desenfadado y á los placeres mundanos, relación que por el estilo frívolo en que está escrita parece una provocación constante á las miserias y privaciones de los pobres.

Acaso en un periódico que sólo circulase entre personas ricas, estas crónicas causarían menos daño; pero en un diario que se ufana en ser callejero, que penetra en todas las casas, en las ricas y en las pobres; que inunda todas las noches los cafés, las tabernas, los teatros; que visita los talleres, las fábricas y hasta las bohardillas de los pobres; en un periódico de esta índole las crónicas de *Asmodeo* son, lo repito sin atenuaciones, estímulos al socialismo, provocaciones á la miseria, cebo eficazísimo á las hidas de la revolución, que vomitan odio y venganza contra las clases poderosas y aristocráticas.

He dicho que las crónicas están escritas en estilo frívolo, y en efecto, según es el asunto ha de ser el lenguaje, según es el auditorio ha de ser el discurso, según es el autor han de ser sus obras. Casi todos los días describe *Asmodeo* tres ó cuatro bailes y anuncia otros tantos, de modo que para este pobre diablo debe ser la vida una contradanza constante. Su estilo por fuerza ha de reflejar su vida, y si se trata de halagar á damas que viven de la publicidad, como los hombres públicos, aunque ellas sean señoras privadas, el resultado no puede menos de ser funesto para las letras y para las costumbres. Oigamos la opinión de *Asmodeo* sobre un asunto ya tratado en nuestra revista, sobre las *matinées* ó *bailes vespertinos*.

«La gente grave, los padres y los esposos que tiemblan los cotillones interminables, votan en favor de aquéllos; pero la juventud no se contenta con las dos horas que baila solamente por la tarde.»

Hé ahí, no ya padres, sino esposos complacientes, que tiemblan los cotillones interminables, porque en ellos sus hijas y hasta sus esposas se olvidan de sus padres y de sus esposos, entregadas al bullicio y animación de los cotillones interminables. Prosigamos:

«Bajo el punto de vista de la estética, no admiten comparación la perspectiva de los trajes y los sombreros de paseo con la de los atavíos aéreos, vaporosos, indispensables en un sarao.»

Además «para no imprimir carácter» á las *sauteries* vespertinas, no se encienden las bujías de lámparas y arañas; resultando los aposentos tristes y sombríos.»

Ya lo saben ustedes, en un sarao son indispensables los *atavíos aéreos y vaporosos*, es decir, los desnudos, y los casi desnudos de los velos y encajes, que á la luz de las bujías, lámparas y arañas causan una perspectiva estética y alegre. Adelante:

«Celebrado á distinta hora el baile de ayer en casa de la condesa de B., hubiera tenido mayor lucimiento y brillantez. ¡Y cuántas mujeres encantadoras, cuántas preciosas jóvenes valsaban, charlaban ó reían en los elegantes salones!—En esta ocasión podía decirse con exactitud que estaba allí *todo Madrid*.»

*Todo el Madrid aéreo y vaporoso* habrá querido decir.

Después añade *Asmodeo*:

«El lunes no será menos bullicioso que el domingo...»

No, señor, ni el martes, ni el miércoles, ni el jueves, ni el resto de la semana.

¿Qué han de pensar los pobres, los pobres del día, privados de aquella fe ardiente de los pasados tiempos, al leer estas crónicas donde se citan los nombres de las damas más aristocráticas, ponderando sus ricos trajes, sus incomparables joyas y su vida animada, elegante y fastuosa?

Ya que no seas casto sé cauto, decía el Apóstol, porque no añadirás á la gravedad de tus culpas el escándalo de tus malos ejemplos.

Ya que hay entre nosotros una sociedad de gentes ricas, ó que lo parecen, que vive entregada á los bailes y fiestas de los salones, donde gastan en brillantes y telas suntuosas el capital con que se mantendrían muchos pobres, que guarden como un secreto sus placeres, para que ni el escándalo cunda, ni la miseria se irrite, ni la sociedad se desmoralice con sus ejemplos.

\*\*\*

Ajenos al movimiento político, nos tienen tan sin cuidado los que suben como los que bajan.

De las cesantías y nombramientos que ahora publica la *Gaceta*, no conocemos, á veces, ni los nombres; tanta es la distancia á que miramos los sucesos, que los hombres nos parecen piezas de ajedrez, y los más graves acontecimientos juegos de niños.

Una excepción vamos á hacer en alabanza de un hombre insigne, gloria de España, arrancado del retiro de su biblioteca por el actual ministro de Fomento para llevarlo á la Dirección de Instrucción pública. No sabemos si la medida merece aplauso ó censura, tratándose de un sabio tan modesto, tan laborioso, que en el sosiego de su gabinete podría dar á España más honor con sus escritos que en la Dirección de Instrucción pública con el despacho de expedientes; pero de todos modos el nombramiento revela un sentimiento de admiración y respeto en el ministro que lo ha rubricado, sentimiento que le honra y enaltece, y que significa además una reparación justísima, puesto que el Sr. Fernández Guerra, desposeído de una cátedra en el doctorado de Filosofía y Letras por la revolución de Setiembre, no había sido repuesto por los gobiernos de la restauración, y eso que lo fueron muy pronto los catedráticos racionalistas destituidos en tiempo del señor marqués de Orovió.

El Sr. Fernández Guerra es una gloria de España, y si los periódicos revolucionarios han protestado contra su nombramiento, es porque anteponen el egoísmo de partido á los fueros de la justicia, y la pasión revolucionaria y satánica al honor de la patria.

\*\*\*

Las vacilaciones de la Bolsa han llegado á un punto que merecen ser objeto de energías medidas del Gobierno. Un simple *canard*, como ahora se dice, al uso francés, basta para labrar la ruina de muchas familias y hasta ocasionar la muerte de personas interesadas en el movimiento de los fondos públicos.

La Bolsa es una gran casa de juego, donde el fraude y la codicia tienen ancho campo á sus operaciones, bajo el amparo de las leyes. ¿Con qué autoridad puede cerrar las casas de juego un Gobierno que autoriza las jugadas de Bolsa y tiene establecido el juego de la lotería?

Pero aun este último es un simple juego de azar donde la suerte administra en beneficio del Estado las *puestas* de los jugadores; en la Bolsa el juego es más inmoral, es un juego de tahures, donde se admiten todos los engaños, tienen carta de naturaleza todos los amaños, y donde no impera otra ley que

la de la codicia, hidrópica pasión que nunca se sacia de dinero.

La política, gran embustera, cómplice de todos los daños presentes, suele aliarse con la Bolsa, para realizar juntas esas jugadas escandalosas, que son ruina y perdición de muchas familias. ¿Y será posible que el mal, con ser tan conocido, no tenga remedio?

Dios ha hecho curables á los hombres y á las naciones; la revolución, encarnación de Satanás en el mundo, procura lo contrario: hacer incorregibles los males de la sociedad, para que muerta en la desesperación, sucumban con ella las promesas eternas. *Non prevalebunt.*

\*\*\*

Con inusitada solemnidad se acaba de inaugurar el *Ateneo* de Madrid. Abandonando la casa donde durante largos años vivió de inquilino, se ha establecido en edificio propio en la calle del Prado, ostentando en magníficos salones la munificencia de sus numerosos socios y de sus egregios padrinos.

La inauguración ha sido tanto más solemne, cuanto que su presidente lo es en la actualidad del Consejo de Ministros, reuniendo en su mano los rayos de Minerva con los de Júpiter, ante los cuales bajan la cabeza todos los demás dioses del Olimpo.

Nos falta hoy tiempo para examinar el discurso presidencial, tan vago, tan indefinido, tan doctrinario como otros muchos de su autor; sólo diremos que el carácter oficial y regio de la inauguración ha abierto escisiones en la Corporación, donde hace años que dominan los vientos de la democracia. El *Ateneo* viene siendo una escuela de impiedad y de revoluciones, en la que se han educado los jóvenes que hoy militan en los partidos más avanzados de España; ¿qué mucho que haya sublevado á los exaltados la presencia del Monarca y de su Gobierno responsable?

Alguien llamó al *Ateneo* público blasfemadero, y en verdad que allí se han cometido más delitos de la palabra, como diría el Sr. Romero Robledo, que crímenes de hecho en los garitos de toda España. ¿Qué mucho, volvemos á repetir, que se formen tempestades allí donde se han sembrado vientos de impiedad y de revolución?

Pero el *Ateneo* ha logrado levantar una gran casa, como la tendrá mañana la *Institución libre de enseñanza*, su hija primogénita. En cambio, ¿dónde está el *Ateneo* católico ó la Universidad católica que hagan frente á estas baterías de la impiedad moderna?

¿Es por ventura menos poderosa  
Que el vicio la virtud? ¿Es menos fuerte?

La codicia en las manos de la suerte  
Se arroja al mar: la ira á las espadas;  
Y la ambición se ríe de la muerte.

Triunfa la Bolsa, cunden los crímenes, se ufana la política, se establece regimiento el *Ateneo*, no hay daño que no prospere; en cambio, el bien, la salud, la vida...

El oro, la maldad, la tiranía  
Del inicuo procede y pasa al bueno:  
¿Qué espera la virtud, ó en que confía?

NULEMA.

## CRÓNICA



UÍZAS el único asunto que seriamente preocupa actualmente á Europa es la crisis económica, cada vez más grave, que atraviesa la República francesa.

El número de obreros sin trabajo aumenta diariamente lo mismo en París que en Marsella. La capital de Francia no puede salir adelante en la competencia que sostiene con Viena, y menos puede luchar todavía Marsella con Génova después de abierto el túnel de Saint-Gotard.

Hace algunos años París era el gran centro de la Europa civilizada; los viajeros que traspasaban las fronteras de la patria, no podían regresar á ella sin haber visitado á París; de aquí que la industria y el comercio de aquella gran ciudad aumentasen, así como también su población.

Las fondas y hoteles de la capital de Francia eran los que mayores y más seguras utilidades daban.

Hoy París pierde poco á poco el carácter que durante tantos años tuvo; los viajeros visitan á Suiza y van á Viena en vez de ir á París; de aquí que el comercio y la industria de aquella gran ciudad decaigan notablemente, y que la población se mantenga estacionaria en algunos barrios y disminuya en otros.

Mayores y más seguras utilidades dan actualmente las fondas y los hoteles de Viena que los de París.





Por lo que hace á Marsella, este puerto era el centro en donde se embarcaban para Oriente gran parte de las mercancías de Suiza, de Bélgica, de Francia y de Alemania. Austria, con sus vías férreas, y Trieste quitó ya algún movimiento á Marsella. La apertura del túnel indicado ha hecho que hoy pueda rivalizar Génova con el primer puerto de Francia en el Mediterráneo.

Hoy, con menos gasto y tiempo, llegan á Génova las mercancías de Alemania y de Suiza que á Marsella.

¿Cómo ha procurado el Gobierno de la República francesa hacer frente á estos contratiempos que han creado la terrible crisis económica que atraviesa la nación? ¿Ha reducido, por ventura, los gastos públicos? ¿Ha tratado de abrir nuevos mercados al comercio y de proteger de algún modo la industria nacional?

¿Ha hecho siquiera algo por devolver la tranquilidad y el orden á París, á fin de infundir seguridad á los viajeros y atraerlos de algún modo á aquella capital?

\*\*\*

No ha hecho nada, absolutamente nada de esto, como lo reconocen aún los más adictos á la República.

Empeñado primeramente en la guerra contra los kroumirs, que tan productiva fué para ciertos jugadores de Bolsa; luego en la ocupación de Túnez, más costosa que beneficiosa; más tarde en los sucesos de Egipto, que le ocasionaron grandes gastos y no le dieron ninguna utilidad; actualmente en la guerra con el Tonkin y quizás en breve con el Celeste Imperio, nada ha hecho por abrir nuevos mercados al comercio y á la industria patria.

En vez de disminuir los gastos públicos los ha aumentado con los que han ocasionado los indicados sucesos y con una contienda con Madagascar, de que saldrá con muchos millones menos y sin ninguna ventaja de consideración.

En París se celebran continuamente nuevas reuniones anarquistas, en las que cada día se sostienen tesis más radicales y revolucionarias y se fulminan más terribles amenazas contra los ricos. Claro que este estado de cosas no es el más á propósito para inspirar confianza á los viajeros que, con raras excepciones, pertenecen á las clases insultadas y amenazadas por los indicados anarquistas.

El pueblo sensato de Francia empieza á preocuparse con este estado de cosas, y á desear verse libre de la tutela de la República, que le ofreció montes de oro y ríos de felicidad, y sólo le ha dado guerras y complicaciones diplomáticas en el exterior, y montes de ruinas y ríos de miseria en el interior.

Los que más entusiastas fueron de la República hasta aquí, son los que más desengañados se muestran ahora.

\*\*\*

El ejemplo de lo que sucede en Francia, donde el pueblo, arrancado á los brazos de la religión, es un peligro constante para el orden social y aun para el orden y el progreso material, debiera influir para que los hombres de Estado de Europa se decidieran de una vez á confesar sus pecados y á cumplir la penitencia que les fuera impuesta por la Iglesia.

Lejos de esto, tratan de hacer frente á la revolución por medio de la fuerza armada, como si á tiros pudieran derrotarse las ideas, y como si los hechos revolucionarios, antes de ser tales hechos, no hubiesen sido teorías.

Bismarck mismo, que en estos últimos tiempos parecía estar arrepentido de sus actos de persecución religiosa, ha dado en estos días un paso hacia atrás y se ha salido de la recta senda. Con motivo primeramente de discutirse en el Landtag prusiano una proposición del Centro Católico, en que se pedía el restablecimiento de los artículos 15, 16 y 18 de la Constitución fundamental del Estado, y luego, con motivo de la discusión del presupuesto de cultos, ha declarado por boca del señor Gossler, ministro de cultos:

1.º Que nunca indultará á los Rdmos. Sres. Arzobispos de Colonia y de Posen, injustamente desterrados de sus diócesis por infracciones de las leyes de Mayo.

2.º Que si bien desea llegar al restablecimiento de la paz religiosa, quiere llegar á ella por medio de una ley de poderes discrecionales que le permita sacar el mayor partido posible de las negociaciones que tiene pendientes con la Santa Sede.

Estas declaraciones y la conducta seguida por los diversos partidos en las dos discusiones indicadas, han obligado al Centro Católico á tomar de nuevo lo ofensiva contra el príncipe de Bismarck, por medio de una serie de proposiciones hábilmente formuladas para obtener, unas veces con el apoyo

de los radicales, y otras veces con el de los conservadores protestantes, la derogación de las más inicuas disposiciones de las leyes de Mayo.

Algunos periódicos de Viena aseguran que este cambio de conducta de Bismarck es puramente aparente, y que oculta algún plan que hoy por hoy no es fácil descubrir.

El tiempo dirá si estos periódicos se engañan.

\*\*\*

En Hungría también se presenta la situación vestida de colores que llenan de tristeza el corazón de los buenos.

El Sr. Tisza, en vez de retroceder ante la enérgica oposición que la Cámara de los señores hace á sus proyectos anticristianos, no sólo piensa insistir en ellos, sino que trata de agravarlos y de aumentarlos con otros nuevos.

Por de pronto parece fuera de duda que ha encargado al ministro de Cultos que redacte un proyecto de ley de matrimonio civil, en el cual se resuelva implícitamente la cuestión tan debatida de la celebración de los matrimonios mixtos.

Los radicales de la Cámara de diputados han presentado una proposición pidiendo el establecimiento de la libertad de cultos. Pero el Sr. Tisza se ha opuesto á ella, no porque en realidad no esté enteramente conforme con su contenido, sino porque no la cree oportuna en las presentes circunstancias.

No falta quien crea que los radicales han sido en esta ocasión instrumentos del Gobierno, y que el Sr. Tisza ha querido que se amagara en un punto para ver si así más fácilmente se descargaba el golpe en el otro.

Sea de esto lo que fuere, lo indudable es que la lucha contra el catolicismo, emprendida por el Señor Tisza en Hungría, no puede menos de traer por resultado, según autorizadísimas noticias, la formación en aquel antiquísimo reino de un partido esencialmente conservador, que defienda las instituciones religiosas y sociales de los ataques del liberalismo secularizador.

\*\*\*

De un día á otro empezará en Suecia y Noruega la vista pública del proceso formado á los ministros del Rey de aquellos Estados por la mayoría radical de la Cámara de diputados.

El Rey, que ni un momento ha dejado de dispensar su confianza á los ministros, se dispone á asistir á la vista del proceso.

Esto ha desconcertado á los revolucionarios, que han tratado de amedrentar á su soberano apelando á toda suerte de recursos. Se han escrito terribles anónimos declarando, que si se pone en marcha para Cristianía será asesinado en el camino.

Algunos de los autores de estos anónimos han sido descubiertos y encarcelados.

Todas las cartas de Suecia y Noruega que publica la prensa, están contestes en que la situación ha llegado en aquellos Estados á un grado tal de violencia, que ni la Cámara ni el Rey pueden retroceder dignamente en el camino que han elegido.

El problema está reducido, pues, á saber quién dará el golpe: si el Rey disolviendo á cañonazos la Cámara, ó la Cámara condenando primeramente á los ministros y deponiendo luego al Rey.

La opinión pública, que al principio parecía estar de parte de la oposición, parece se inclina de parte del Rey y de los ministros, á causa de la conducta que ha seguido la mayoría de la Cámara, que se ha negado á toda avenencia.

Por de pronto el Rey ha sido objeto de entusiasmas manifestaciones de simpatía cuantas veces se ha presentado en público en estos últimos tiempos, y si el pueblo no ha ido más adelante en su aplauso, culpa ha sido del soberano, que no de los súbditos.

Si en la hora suprema le falta la necesaria decisión, preciso será que se resigne á ser nueva víctima del espíritu revolucionario que inspira á la mayoría de la Cámara.

\*\*\*

Mientras los periódicos sectarios anuncian que el Catolicismo se halla próximo á su muerte, Dios los desmiente y confunde derramando los tesoros de su gracia en los corazones de quienes hasta ahora habían vivido apartados de la fe.

Ocho estudiantes de la Universidad de Upsal, en Suecia, se han convertido últimamente al Catolicismo, ante el espectáculo de corrupción y de continuas discordias que presenta la Iglesia protestante oficial de aquel Estado.

En el Asia Menor sigue siendo considerable el número de griegos cismáticos que salen de las sombras del cisma para abrir los ojos á la luz de la verdad.

Y en los Estados-Unidos de América en breve se

celebrará un Concilio para asegurar los progresos del Catolicismo en aquella región, y hacerlos mayores con el auxilio de la gracia divina, que tantos prodigios ha realizado en América.

Hé aquí los hechos elocuentísimos con que los católicos podemos contestar á los sectarios que dicen que al fin prevalecen las puertas del infierno contra la Iglesia.

Juzgan al mundo por lo que en sus corazones corrompidos sucede.

D. ISERN.

## LA CUESTIÓN SOCIAL



Al echar una ojeada retrospectiva sobre los acontecimientos más culminantes de la última década, en busca... ¿de qué ha de ser? de lo de siempre, de un asunto con que entretener un rato de conversación con mis lectores, no encuentro ninguno que se acomode á mis propósitos ó que ofrezca alguna novedad digna de comentarse.

Si la política no fuese campo vedado para mis lucubraciones, en su inmenso bazar hallaría materia para hablar horas y horas sin decir nada, como cualquier orador parlamentario.

Sin salir de esta última palabra, empezando por su etimología, pudiera llenar media docena de cuartillas, después de lo cual sacarían ustedes lo que el negro del sermón, como vulgarmente se dice. Sin contar con que tal vez me tachasen de poco respetuoso hacia esa institución política, con perdón de ustedes, si acertaba á demostrar con textos griegos, latinos y aun parlamentarios (que son tan griegos como cualesquiera otros) que la voz *parlamento* está formada de otras dos voces, á saber: *parlar* y *mentir*, ó en términos más claros: *hablar mintiendo*.

Pero ya he dicho que la política, como los artículos de lujo, no sirve para mis artículos, que por lo pedestres y comunes sólo pueden clasificarse entre los *artículos de primera necesidad*.

Digo que es artículo de lujo la política, en el sentido de su escasa ó nula utilidad práctica, y además porque para gastarla se necesitan caudales de cierto género que no están al alcance de todo el mundo.

Todos los hombres, por ejemplo, tienen el dón de la palabra (cuando no son mudos); pero no todos pueden derrocharla á tontas y á locas en congresos, clubs, círculos y reuniones, cual conviene á los hombres políticos.

Todos los hombres tienen conciencia, pero no todos pueden alargarla, estrecharla, condensarla y hasta sofocarla, como exige la condición de hombre político.

Todos los hombres tienen el sentimiento de la patria, pero no á todos es dado prescindir de él ó posponerle al interés de partido, como hacen los políticos.

Podría multiplicar los ejemplos para probar que no todos los hombres pueden permitirse el lujo de gastar política, como yo gasto peluca y anteojos.

Por eso he dicho y repito que la política es artículo de lujo, sin que pueda por ello desconocerse que, en ocasiones, desciende á la categoría de artículo de *comer, beber y arder*, si bien no satisface derechos de consumo.

Ya habrán comprendido mis lectores que en estas digresiones á que me arrastra mi perverso instinto divagador, no me refiero sino á la política nacional y al parlamentarismo indígena. Mas si me propusiera espolear el flaco rocín de mi ingenio caduco, recordando aquellas quintillas de Villergas:

"Pensamiento, viento en popa,  
huye de males tan graves;  
vierte del dolor la copa  
y extiéndete por Europa,  
que ya en España no cabes..."

tal vez consiguiera demostrar á ustedes que el parlamentarismo, si puede variar en sus formas externas, es, en su fondo, cosmopolita, y que la política, como las plantas parásitas, nace y crece y vive en todos los países donde hay jugo que chupar.

Pudiera también, sin grandes esfuerzos, sin más que dejarme deslizar suavemente por el plano inclinado de la divagación, hacer notar que la señora *Política* anda muy de capa caída por Europa. Es una vieja coqueta que ha perdido todos los atractivos y que, á fuerza de cosméticos, coloretes, afeites y postizos, lucha por conservar su efímero prestigio de otros tiempos.

Si hiciésemos, lectores míos, un viaje á Francia, sin ir más lejos, veríamos cómo los antiguos amantes, así platónicos como positivistas, de la *cocotte-Politique* la vuelven la espalda para dar el frente á otra señora menos almibarada, menos alta de



tacones, menos risueña y menos asequible que la Política.

Esta otra dama, que cuando niña apenas llamaba la atención, se ha puesto de largo y hace su entrada en los salones públicos con paso resuelto, altiva mirada y fiero continente.

No viste el traje de crujiente seda y abigarrados colores de la Política.

No empuña el dorado cetro de la soberanía nacional.

No camina haciendo pinitos y genuflexiones.

No habla un lenguaje convencional y melifluido como el de la oratoria parlamentaria.

No viene de los comicios, ni de las academias, ni de las aulas.

No entiende de principios, sino de fines; no tiene teorías, sino procedimientos prácticos; no sabe discursar, sino obrar; no expone, sino impone; no canta la *Marsellesa*, sino el *Dies ira*.

¡ES LA CUESTIÓN SOCIAL!

¿No es verdad señores gobernantes, señores diputados, señores senadores, señores periodistas, señores políticos franceses, que la presentación de esa especie de esfinge, menos prestigiosa, aunque no menos formidable, que la de Tebas, ha causado sensación en vuestro mundo político?

¡Oh! y el enigma que os propone es mucho más sencillo que el de Edipo:

*Comer para vivir, ó matar para comer.*

O de otro modo:

*Nos dais de comer, ó seréis comidos.*

Y como los políticos, lo mismo en Francia que en España y en Italia y en todos los países *parlamentarios*, no han creído jamás que se pueda comer sino con la política, por la política y para la política, han empezado á mirarse unos á otros espantados, se han juntado y han discutido.

Y como de la discusión sale la luz (cuando no sale el incendio), han visto claro que no les conviene ser *comidos* después de haber sido *comedores*, y por consiguiente que hay que dar de comer al monstruo, con lo cual se romperá el encanto y se resolverá el problema.

¡Como si fuera cosa fácil alimentar á ese gigante de cien mil cabezas que tiene hambre!

Si su estómago pudiera alimentarse con política, ya sé yo que costaría poco trabajo atiborrarle de libertades á la escarlata, derechos á la papillot, garantías mechadas y hasta constituciones con salsa verde... Son los únicos manjares que pueden ofrecer los cocineros políticos.

Pero, no hay tu tía; lo que pide ese ejército de jornaleros sin jornal, de trabajadores sin trabajo, de industriales sin industria y de traficantes sin tráfico es... pan, y nada más que pan...

Recuerdo perfectamente cómo se rieron los hombres políticos, hace algunos años, de cierta frase de un eminente filósofo compatriota nuestro. ¡Pues no se habían de reír! Figúrense ustedes que decía el insigne *reaccionario*:

«¿Qué pedazo de pan le dais al pueblo, cuando le otorgáis un nuevo derecho ó una libertad nueva?»

No sé si seguirán riendo de la pregunta. ¡Hay tantas clases de risa!... La risa histérica, la risa del imbécil, la risa del conejo...

Y, volviendo á nuestros vecinos de allende el Pirineo, hay en su idioma un refrán que hoy empiezan á corear los trabajadores: *Rira bien qui rira le dernier*.

Ello es preciso, dicen los maestros de la política, hacer frente á la cuestión social. ¿Y cómo?

— «Comiendo,» contestan los hambrientos.

Es verdad; hay que matar el socialismo que se os echa encima á toda prisa, señores políticos franceses. ¿Y cómo? ¿Dónde está esa medicina, esa panacea que ha de curar la enfermedad que ataca vuestro organismo social?

¿Dónde está ese Doctor Garrido de la farmacia parisiense que cura á los desahuciados?...

A bien que vosotros, los que os llamáis liberales por excelencia y filántropos por naturaleza, no reparáis en pelillos ni en sistemas cuando se trata de conjurar peligros que amagan la normalidad de vuestras funciones digestivas. Si la alopatía no os permite emplear por anticuada la *triaca magna*, acudís á la homeopatía, al *similia similibus*.

«Un clavo saca otro clavo,» dicen los discípulos de Hahnemann. «El socialismo de arriba se cura con el socialismo de abajo,» decís vosotros, y os echáis á buscar en el botiquín de la política el *veratrum* ó el *cuprum* que ha de administrarse al paciente en dosis infinitesimales.

Tenéis una lógica aplastadora: habéis venido años y años haciendo creer al pueblo que con vuestras utopías y palabrerías tenía bastante para ser feliz, rico y digno; habéis proclamado, digámoslo así, la *holganza nacional*, y ahora tratáis de organizar el *trabajo nacional*.

Mas como esto exige algo más que discursos tribunicios y derechos ilegales; como esto exige muchos millones de francos y el presupuesto no los tiene, apeláis al socialismo para sacarlos de donde los haya.

Los socialistas prácticos, los socialistas de abajo, quieren pura y simplemente que se apliquen los bienes de los ricos para remediar los males de los pobres.

Vosotros proponéis que se imponga á los ricos, á los rentistas, á los *burgueses*, en una palabra, una contribución para socorrer á los que carecen de trabajo, para dar trabajo á los que, por causa vuestra principalmente, están sufriendo, no ya un trabajo, sino muchos trabajos.

Me hacéis el efecto de un avaro que se viese asaltado en su habitación por una cuadrilla de ladrones, y para librarse de ellos acudiese á tomar de la caja del vecino el dinero necesario para contentarlos y despedirlos.

Yo bien considero que de alguna parte habéis de sacar esos millones.

También me hago cargo de que no os quedan bienes del clero, ni de cofradías, ni de beneficencia que desamortizar...

¡Qué, si habéis desamortizado hasta el escándalo, para alimentar la curiosidad pública con libros como *Sarah Barnum*!

¡Si habéis desestancado la moral y la decencia, para dar de comer á las pasiones populares!

¡Si habéis arrojado á la voracidad del populacho soez y descreído los emblemas de la religión cristiana, arrancados de las escuelas por la piqueta oficial!

¡Si habéis declarado de libre tráfico todos los errores, todos los absurdos y todas las impudencias de un materialismo escrofuloso y podrido!...

No os queda otro remedio: tenéis que acudir á los procedimientos socialistas para combatir el socialismo.

Estáis en la primera etapa: la *desamortización del capital*. Si os detenéis en tan buen camino por escrúpulos políticos, no tengáis cuidado, ya vendrán las turbas hambrientas y os quitarán ese trabajo... para que no se diga que tenéis trabajo mientras ellas le andan buscando.

Pero advierto, lectores míos, que ya es hora de terminar este coloquio. No vayan ustedes á decir que trato de desamortizar su paciencia.

BLAS.

## LOS GRABADOS

FR. BARTOLOMÉ DE LAS CASAS, DEFENSOR DE LA LIBERTAD DE LOS INDIOS

Grupo en yeso del Sr. Moltó, premiado en nuestra última exposición de Bellas Artes.

Objeto de opuestos juicios en los que ha tenido más parte la ciega pasión impía que la justicia y el estudio, la gran figura del P. Las Casas se levanta al lado de la de Colón y de la reina Isabel la Católica, como un gigante de los que tendieron seguro puente entre España y el Nuevo Mundo, llevando á aquellas inexploradas regiones la luz del Evangelio y la llama del patriotismo, ejes sobre los que debió girar siempre nuestra civilización y nuestro sistema colonial.

Nació el P. Las Casas en Sevilla el año de 1474. Muy joven acompañó á Colón en su segundo viaje al Nuevo Mundo, del que regresó para estudiar en la Universidad de Salamanca. En 1502 volvió á América en la comitiva de D. Nicolás de Ovando, gobernador de Santo Domingo. Allí recibió nuestro celoso misionero las sagradas órdenes.

Habiendo pasado á ejercer su civilizador ministerio en la isla de Cuba, hubo de fijar la atención del gobernador Velázquez, por la grandísima influencia que sus sentimientos de humanidad y la dulzura de su carácter producían sobre aquellos indígenas, á quienes los dominadores se adjudicaron entre sí en calidad de esclavos. Deseoso Fr. Bartolomé de Las Casas de poner remedio á los abusos que con este motivo se cometían, vino á España, y consiguió recabar del cardenal Jiménez de Cisneros el envío á Cuba de una Comisión de religiosos jerónimos, encargada de llevar á cabo una información sobre los hechos que denunciaba. No quedó satisfecho el virtuoso sacerdote de la manera con que los delegados del Cardenal cumplían su misión, y de nuevo tornó á España, en solicitud de medidas más enérgicas que protegiesen con mayor eficacia á los indígenas, condenados á ruidosos trabajos.

El remedio que propuso es preciso juzgarlo con atención al estado de las cosas en aquel tiempo, consistía en determinar á los españoles ya establecidos á servirse de negros africanos para los trabajos de las plantaciones y de las minas, como más fuertes que los indígenas y más aptos para tan rudas tareas, por ser de clima más riguroso y acostumbrados á la vida salvaje. De aquí se ha querido sacar que el P. Las Casas fué el introductor del trato de negros, acusación injusta, puesto que el celoso apóstol de las Indias, lo que quiso fué evitar la esclavitud de los indígenas y buscar hombres adecuados á los trabajos de la conquista. La codicia y la mala fe malograron los propósitos humanitarios y patrióticos del P. Las Casas; lo que debió ser un bien se cambió en una serie de defecciones, por lo cual, nuestro héroe, aburrido y perdida la esperanza de lograr el fruto de sus afanes, se retiró á un convento de la Isla Española, donde

se dedicó á las Misiones y á la redacción de su *Historia general de las Indias*, en la que trabajó desde 1527 hasta el fin de sus días.

Tornó á la patria en 1539, encargado de una misión de su Orden, y guiado al propio tiempo por el designio de intentar nuevos esfuerzos en favor de los naturales americanos, encontrando en el Gobierno mejores disposiciones que en la pasada época, á lo que contribuyó en gran manera una *Brevísima Relación de la destrucción de las Indias*, que publicó y obtuvo los honores de la traducción á diversos idiomas de Europa. En recompensa ofrecióle el rico obispado de Cuzco; pero dió la preferencia al de Chiapa, habitado por gentes que gemían en la ignorancia y no convertidos al cristianismo. A su regreso á América (1544), fué mal recibido por los plantadores, que veían en él al iniciador y mantenedor de leyes nuevas, que tendían á disminuir el imperio que ejercían sobre los indígenas. Llegó Las Casas, en su humanitario celo, á rechazar la Comunión á los que se obstinaban en tratar á éstos como esclavos, con lo que se atrajo numerosas antipatías y percances.

Tres años más tarde abandonó el Nuevo Mundo para retirarse á un convento de su Orden en España, y aunque perdida toda esperanza de realizar sus ideas en la esfera de la práctica, no renunció jamás á sostenerlas con la pluma.

En Julio de 1566 se extinguió su trabajada existencia, legando á la posteridad un nombre ilustre, rodeado de la aureola de todas las virtudes.

La posteridad, á despecho de los calumniadores, ha denominado al P. Las Casas el *Apóstol de los Indios*. En esta idea está inspirado el grupo en yeso del Sr. Moltó, donde aparece en actitud compasiva tendiendo los brazos con inefable caridad á un indio atribulado, que busca consuelo en la benéfica sombra del fraile.

Este grupo podría llevar el siguiente lema: «El fraile es el Apóstol de la verdadera libertad.»

INTERIOR DE LA IGLESIA DE SANTA SOFÍA EN CONSTANTINOPLA, EN LA ACTUALIDAD MEZQUITA DE LOS TURCOS.

Fué la iglesia de Santa Sofía uno de los más célebres templos de la cristiandad. Edificado en el IV siglo por Constantino, sufrió muchos estragos y reparaciones, hasta que en 532 fué completamente reducida á cenizas.

El edificio actual debió su origen á Justiniano que lo mandó construir á los célebres arquitectos Antemio de Tralles é Isidoro de Mileto. Aprovecháronse para la reedificación multitud de preciosos restos de los templos de Efeso, Palmira, Pérgamo y otras ciudades célebres de la antigüedad clásica. Dos mil obreros trabajaron en la obra, gracias á lo cual se pudo ejecutar en breve tiempo. Cuando se hubo concluido, enorgullecido con su obra exclamó Justiniano: *¡Salomón, ya te he vencido!*

Cuando los turcos se apoderaron de Constantinopla en 1453 convirtieron el templo en mezquita, que es, para dolor de la cristiandad, su destino presente.

Las dimensiones no son gigantescas, mide 82 metros de largo por 74 de ancho. Los musulmanes han desfigurado mucho la primitiva traza así en el exterior como en el interior, agregando muchos edificios de mal aspecto en torno suyo y reemplazando los preciosos altares y estatuas con adornos de mal gusto.

Todavía, dice un viajero, en el fondo del santuario, bajo la bóveda esférica que la cierra, se perciben confusamente las líneas de una figura colosal que ha sobrevivido á tantas debelaciones; es la de la patrona de la iglesia, la imagen de la Sabiduría divina, ó más bien de la Santísima Virgen (*Agia Sophia*) y que bajo un cielo casi transparente asiste impasible á las ceremonias de un culto extranjero.

Quiera Dios que se cumpla el pronóstico del conde de Maistre, que antes de finalizar el siglo presente se cante el *Te Deum* bajo las bóvedas de *Santa Sofía*.

IGLESIA DE SAN VICENTE EN AVILA

Había en Ébora, durante la persecución de Diocleciano, un gallardo mancebo llamado Vicente, el cual se presentó al juez Daciano, haciéndole confesión de su fe. Después de varios padecimientos, hallábase en la cárcel en vísperas de sufrir el martirio, cuando se le presentaron dos hermanas suyas, llamadas Sabina y Cristeta, y lograron con sus instancias y lágrimas decidirle á que huyese con ellas. Así fué, pero habiéndole alcanzado en Avila los sicarios del tirano, los sacaron fuera de la puerta que ahora llaman de San Vicente, y poniéndoles sus cabezas sobre unas piedras, se las machacaron á palos. Había en aquellas inmediaciones una enorme culebra que tenía aterrados á los moradores de aquel barrio, pues acometía, no sólo á los animales, sino también á los hombres. Presentóse este monstruo en defensa de los cadáveres que habían quedado insepultos en el sitio del suplicio. Habiendo llegado allí un rico judío de la ciudad, ó por curiosidad ó por burlarse de los mártires, vióse de repente acometido por el enorme reptil, y cual otro Laoconte, estrechado por él con horribles lazos y la terrible boca abierta, por la cual asomaba la lengua á manera de horrible arpón arremido á su cara, duró el suplicio cerca de una hora. Consternado el judío con este suceso, ofreció al Dios de los mártires abrazar su fe, darles sepultura allí mismo y levantarles un templo, y al punto la culebra deslizó sus lazos y se metió en una gruta inmediata, sin que jamás se la volviera á ver. Cumplió el judío todos sus votos; y poco tiempo después, cuando Constantino dió paz á la Iglesia, levantó allí un templo con la adoración de San Vicente, que es el más antiguo de Avila. Como pruebas de la tradición, se enseñaban en el mismo templo el sepulcro del judío y un rastro que dejó la culebra al retirarse á su gruta, el cual está en una capilla que hay debajo del prebiterio, conocida

1 Véase Manuel Boch.





con el nombre de la *Soterraña*, en la cual hay una efígie antiquísima de la Virgen, que se cree estaba en el templo primitivo que edificó el judío.

La reedificación del templo se debe a San Fernando, que adjudicó para ello los diezmos del campo de Arañuelo y Santiago de la Puebla, que acababa de ganar; pero no se concluyó hasta el reinado de su hijo D. Alfonso el Sabio. La fábrica es sólida y majestuosa y de muy buen gusto, aunque por desgracia el interior ha sido afeado por los altares dorados que se sustituyeron a los antiguos, y otras invasiones del gusto churrigueresco. Hay en esta iglesia una capilla que llaman de los *Catecúmenos*, que servía, según documentos que se conservan, para instruir en los dogmas de la fe a los que iban a ser bautizados, con cuyo objeto se reunían en aquel recinto.

El tiempo, que todo lo destruye, causó graves daños en la fábrica del templo, y pocos años hace que se ha trabajado en su restauración, si bien por falta de fondos, la obra no se ha terminado, según el proyecto que un celoso arquitecto, el Sr. Callejo, formó, ajustándose en todo al gusto arquitectónico de tan insigne monumento.

## VINDICACIÓN DE SAN GREGORIO VII

### IX

Réstanos ahora, para terminar el presente artículo, dedicar una línea a otra de las acusaciones que han sido lanzadas sobre la gran figura de Gregorio VII.

La acusación lanzada sobre dicho Pontífice, que consiste en asegurar que con su sistema religioso-político aspiraba a crear una monarquía universal bajo su autoridad; acusación a todas luces falsa y destituida de fundamento, como veremos ahora.

Constituida y fundada la Iglesia católica para ser Madre y Maestra de todas las naciones en lo que respecta a la parte religiosa y moral de todos los hombres para enseñarles la senda del deber y lo que han de practicar para alcanzar su fin último, y para el que fueron criados, cuales la bienaventuranza, desde el primer momento de su fundación no ha cesado de enseñarnos que desde el instante que venimos a la vida pertenecemos de derecho a la familia, a la patria y a Dios, y que bajo estos tres conceptos tenemos deberes y derechos especiales, enteramente distintos y establecidos por el mismo Dios, los que a nadie le es dado violar bajo ningún concepto.

Educado el pueblo cristiano bajo el amparo de la Iglesia Católica, ha llegado a comprender cuál es la verdadera autoridad y la verdadera libertad, y ha sabido rechazar con dignidad todo aquello que ha creído contrario a su independencia.

La doctrina de la Iglesia Católica, como es natural, ha echado profundas raíces en el seno de las sociedades, y siempre que los pueblos educados en el Catolicismo han visto menoscabados sus derechos, coartadas sus libertades y amenazadas sus creencias religiosas, han acudido presurosos a la Santa Sede, para que ésta, cumpliendo con su deber, saliera en defensa del oprimido y pidiera para sus hijos lo que en conciencia les pertenecía.

¿Por qué extrañar, pues, que los pueblos, cuando se han visto oprimidos y vejados por sus príncipes, hayan acudido en demanda de apoyo al Sumo Pontífice, y éste, cual padre cariñoso, haya salido en defensa de sus hijos queridos, amonestando primeramente a sus príncipes a que cumplieran con lo que Dios les tenía ordenado, de quien han recibido todo poder?

«Profundamente grabada en el espíritu de aquellos pueblos ardorosamente católicos, dice un profundo escritor español, la idea de que el poder supremo no podía confiarse sino a un príncipe sinceramente católico, jamás consentían prometer obediencia absoluta al príncipe que para su soberano elegían, sino interponiendo en pacto solemne que

entre el príncipe y el pueblo se celebraba condición expresa de que la obediencia de los súbditos había de durar cuanto durase la sumisión del príncipe a la Iglesia Católica.» Pues bien: tratábase de saber si el juramento estaba vigente, o se había roto ya. Y conducido el pueblo por el instinto católico, llevaba este caso terrible y trascendental de conciencia al tribunal del Papa. Hablaba el Papa, y al eco de la palabra del representante de Dios se calmaba el tumulto del pueblo, que corría a reconciliarse con su soberano, o caía éste rodando de lo alto de su trono<sup>1</sup>.

Hé aquí el derecho de los Romanos Pontífices confirmado y robustecido por los pueblos en la Edad Media, derecho que no sólo reconocieron y reconocen los verdaderos católicos<sup>2</sup>, sino hasta los mismos protestantes. Por lo demás, la historia nos refiere otros casos en que los Romanos Pontífices excomulgaron o depusieron a otros reyes, y a nadie se le ha ocurrido el censurarlos del modo que lo han hecho con Gregorio VII.

Hé aquí unos cuantos ejemplos de lo que acabamos de decir.

El primero de que ahora recordamos es de San Gregorio III, el cual excomulgó a León Isáurico, emperador de Oriente, a causa de la persecución que suscitó contra las imágenes, privándole además de los tributos de la Italia. Así nos lo refiere el historiador griego Juan Zonaza en estas palabras: «Gregorio, que en aquel tiempo gobernaba la Iglesia de la antigua Roma, congregado en Sínodo, los excomulgó (a los iconoclastas), juntamente con el emperador; y hecha alianza con los francos, suspendió el tributo que hasta entonces se había pagado en Italia al emperador<sup>3</sup>.»

El segundo es la deposición de Chilperico, rey de Francia, cuyo hecho fué sancionado por el Papa San Zacarías.

¿Qué delitos, se nos objetará, cometió Chilperico para ser depuesto por el Papa, y colocar en su lugar a Pipino?

Absolutamente ninguno. Después de todo, hay que tener presente que no fué depuesto por el Papa San Zacarías, sino que su deposición fué sancionada por él. Lo que hubo fué que, consultado por los magnates del reino de Francia si sería conveniente conceder el título de rey a Pipino, puesto que éste, como prefecto de palacio, gozaba de la autoridad de rey, y deponer a Chilperico, que no lo era sino de nombre, el papa San Zacarías respondió que debía darse el nombre de rey a quien lo fuera en realidad.

Si esta respuesta es justa, como lo fué, y así lo atestiguan varios autores antiguos, en ella se halla confirmada la opinión admitida ya en aquellos tiempos; esto es, que sólo el Papa tenía la autoridad de declarar la legitimidad de un soberano y la de señalar los límites hasta donde un pueblo debía consentir o tolerar a un príncipe, guardándole la fidelidad debida. También en esta respuesta se halla perfectamente reconocida la autoridad de los Papas sobre los reinos, aunque no absoluta, sino indirecta, y especialmente en caso de cisma o herejía<sup>4</sup>.

Autores antiguos, según hacen notar Bossuet y Fénélon, convienen en que el Papa Zacarías, al dar la respuesta en sentido favorable a Pipino, no pretendía ejercer un acto de poder temporal sobre el reino de Francia, sino dar una resolución doctrinal sobre un caso de conciencia, que los franceses habían llevado libremente al tribunal del Papa.

El tercero es el acto llevado a cabo por el Papa Esteban II contra Astolfo, rey de los lombardos, el cual se había apoderado del exarcado de Rávena y llegó a amenazar el ducado de Roma. Esteban, con objeto de que Astolfo no pasara más adelante, le propuso una tregua de cuarenta años. Astolfo aceptó de buen grado en un principio, pero a los cuatro meses de haber aceptado la tregua, empezó de nuevo

la guerra. Inútiles fueron los esfuerzos llevados a cabo por Esteban II con objeto de que Astolfo desistiera de sus propósitos de conquistas. Por último, vióse obligado el Papa a llamar en su socorro a Pipino, el cual púsose al momento en marcha, y obligó a Astolfo a devolver las veintidós ciudades que había usurpado, y cuyas llaves fueron entregadas al Papa por el abad Julrado, encargado de la ejecución del tratado. Entonces el Papa concedió a Pipino el título de *cónsul*, de *patricio de los romanos* y *emperador*, como más tarde lo verificó el Papa León III con Carlo Magno<sup>5</sup>.

Habiendo llegado a saber Gregorio IV que los francos habían resuelto quitar el imperio a Ludovico Pío, el Papa desaprobó semejante acuerdo, y Ludovico Pío volvió a quedar ocupando el trono<sup>6</sup>.

Sabedor Adriano II que Carlos el Calvo intentaba invadir el Imperio de Ludovico, escribió a Carlos amigablemente, disuadiéndole de sus propósitos, y advirtiéndole que, en el caso de persistir en su idea, se vería obligado a excomulgarle<sup>7</sup>.

Ahora bien: ¿cómo se tiene la avilantez de afirmar que Gregorio VII no sólo aspiraba a crear una monarquía universal, sino que se extralimitó de sus facultades excomulgando a Enrique IV? ¿No tenía suficientes ejemplos en la historia de sus predecesores de la conducta que debía seguir, conducta que no dejaron de aprobar la mayor parte de los hombres más insignes de su tiempo y posteriores a él?

Natal Alejandro sostiene que el Pontífice, no sólo no pasó de los límites de su autoridad y de la prudencia excomulgando a Enrique VIII, sino que si no lo hubiera hecho, habría faltado a la vigilancia apostólica<sup>8</sup>. Ahora bien: si se trataba de mantener puro el depósito de la fe; si se trataba de la continencia del clero, ¿cómo podía Gregorio VII, tan celoso defensor del decoro de la Iglesia de Dios, sufrir ni tolerar abusos tan enormes, todos ellos introducidos, autorizados y promovidos por la licencia y el favor de un soberano?

Mariano Scotto, uno de los hombres más estimados en aquel tiempo, hablando de la excomunión de Enrique, dice que semejante hecho agradó mucho a los buenos católicos<sup>9</sup>. Lamberto de Schalnbourgo, escritor de la misma época que Scotto, declara lo mismo<sup>10</sup>, y San Anselmo, en su carta al abad Guillermo, defiende la autoridad de la Sede Apostólica y protesta abiertamente a favor de la justicia de las sentencias de Gregorio VII<sup>11</sup>. Del mismo parecer son también Gebehardo, Arzobispo de Salzburgo; Pablo Beruriede (en su *Vida de Gregorio VII*) y otros.

El mismo Fleury confiesa que «le era bien fácil a Gregorio VII mostrar que la potestad de atar y desatar se les dió a los Apóstoles en general, sin excepción de personas, y que lo mismo comprende a los príncipes como a todos los demás<sup>12</sup>.»

Después de todo, hay que tener presente que Gregorio VII no procedió jamás contra Enrique sin consultar antes a los Padres que se reunieron en los Concilios celebrados en Roma con dicho objeto. Al primer Concilio que convocó asistieron gran número de Obispos, Abades, clérigos y legos<sup>13</sup>. Al segundo, o sea cuando se trasladó el reino de Germania a Rodolfo, también asistieron muchos Arzobispos y Obispos de varias ciudades, y además multitud de Abades, clérigos de varias órdenes y legos<sup>14</sup>, y así sucesivamente en los demás Concilios que se celebraron para juzgar a Enrique IV.

Por último, para terminar copiaremos algunos párrafos de las leyes vigentes en aquellos tiempos, y que son el testimonio más elocuente que pudiéramos alegar en pro de la conducta seguida por el célebre Gregorio VII. Hélas aquí:

En el *Espejo de Suabia*, colección de costumbres teutónicas, se lee lo que sigue:

«Dios, que es llamado Príncipe de la paz, dejó al subir al cielo dos espadas en la tierra para defensa de la cristiandad, y se las dió a San Pedro, una para

1 Según la doctrina católica, «la potestad, la autoridad viene de Dios, que ha querido la haya en toda sociedad. Esta autoridad viene de Dios al pueblo, a la comunidad inmediatamente, y de ésta a los príncipes, según lo explica y entiende el Sol de las Escuelas, quien comentando las palabras de San Pablo: *Non est potestas nisi à Deo*, y después de oponerlas aquellas de Oseas: *Regnaverunt, sed non ex me; principes stiterunt et non cognovi*, lo demuestra de una manera clara y contundente. San Juan Crisóstomo lo cree así también, como puede verse en su homilía 23 sobre la epístola a los romanos; Nicolás Lira, comentando las ya citadas palabras de San Pablo, expresa la misma opinión cuando supone que *el discreto lector advertirá la diferencia que hay entre la potestad y la persona que la ejerce*. Por último, el P. Salmerón, célebre teólogo pontificio del Concilio de Trento y defensor acérrimo de la autoridad de los reyes, hablando sobre estas palabras de la carta de San Pablo a los romanos, en que parece trata el Apóstol de inculcar el origen divino de toda potestad, dice que no se han de tomar las palabras del Apóstol al pie de la letra; antes bien cree que San Pablo quiso en este capítulo *lisonjear a los príncipes*. (Tomo XIII, pág. 374 de sus obras, edición antigua.)

1 Manterola: *El Apostolado de Roma*, pág. 53.

2 El que desee enterarse más detalladamente sobre la doctrina del poder indirecto de los Papas sobre los príncipes y sus temporalidades, puede ver entre muchísimas otras las obras siguientes: Belarmino, *De Summo Pontifice*, lib. IV, cap. I y VI. — Pereira de Castro: *De manu regia*. — Roncaglia: *Animadversionis in Hist. Eccles. Nat. Alexandri*. — Bianchi: *Della potestà e della politica della Chiesa*. — Pérez Valiente: *Apparatus Juris publici Hispanici*. — Mamachi: *Origines et antiquitates christianae*. — Charlas: *Trat. de libert. Eccles. gall.*

3 *Annal.*, tomo III.

4 También algunos escritores antiguos suponen que el Papa San Zacarías, no sólo aprobó la elección de Pipino, sino que él mismo fué quien mandó a los magnates francos que le eligieran. Eginardo, en su *Vida de Carlo Magno* dice así: *Pipinus, per auctoritatem Romani Pontificis ex-Praefecto Palatii Rex constitutus est*. Los Anales de los francos, año 751, dicen: *Data auctoritate sua jussit Pipinum Regem constitui*.

1 Hallándose en Roma Carlo Magno por las fiestas de Navidad (a cuya ciudad llegó el 24 de Noviembre del año 800), se dirigió al Vaticano con objeto de oír misa. Durante ella se le aproximó el Papa, y cuando estaba el monarca en pie inclinado delante del altar, dispuesto a marcharse, colocó el Pontífice sobre su cabeza una preciosa corona. Entonces el clero y el pueblo le proclamaron por tres veces y a grandes gritos, *augusto y emperador de los romanos*. (Anastasi Eginh, *In vita Annal. Loisel.*)

2 Mariano Scotto: *Chron.*, libro III.

3 Aimvino: *De gestis francorum*, libro V, cap. XXIV.

4 *Hist. eccles.*, tomo VI, sec. 2.<sup>a</sup> y 12.

5 *Chron.*, an. 1075.

6 *Hist. german.*

7 Libro I, epíst. 56.

8 Fleury, *Histoire ecclésiastique*, discurso III, núm. 18.

9 Labbé, tomo XII, col. 597.

10 Labbé, tomo XII, col. 635.





INTERIOR DE LA IGLESIA DE SANTA SOFIA EN CONSTANTINOPLA,

EN LA ACTUALIDAD MEZQUITA DE LOS TURCOS.

el juicio secular, otra para el juicio eclesiástico<sup>1</sup>. El Papa concede al emperador la primera; la otra es confiada al mismo Papa, sentado sobre un caballo blanco á fin de que juzgue como debe, y el emperador debe tener el estribo á fin de que no se descomponga la silla. Indícase con esto que, *si alguno resiste al Papa*, y éste no puede reducirle á la obediencia por el juicio eclesiástico, *el emperador, los demás príncipes seculares y los jueces deben obligar á ello desterrándole*.»

E. chorn resume en estos términos el derecho alemán en la Edad Media:

«La cristiandad, que según la divina institución de la Iglesia comprenden todos los pueblos de la tierra, forma un todo cuya prosperidad está confiada

á la guarda de ciertas personas, á las cuales el mismo Dios ha conferido el poder. Este poder es espiritual y temporal, y uno y otro están sometidos al Papa, de quien el emperador, jefe visible de la cristiandad en los asuntos mundanos, y todos los príncipes, tienen la autoridad temporal, y los dos poderes deben sostenerse recíprocamente.

«Todo poder procede de Dios, puesto que el Estado es de institución divina; pero el poder espiritual sólo es conferido en parte por el Papa á los Obispos, para que lo ejerzan como sus tenientes<sup>1</sup>.»

El capítulo XVIII de dicho Código prescribe disposiciones relativas á la elección de emperador, y afirma que cuando el Papa le haya consagrado y coronado, entonces es cuando recibe el pleno poder del imperio y el nombre de emperador.

En el capítulo XXII se establecen las tachas legales que excluyen de la dignidad real, y entre ellas se enumeran la deformidad del cuerpo, la lepra, la excomunión, la proscripción y la herejía.

En el XXIX se determinan los tres casos en que el emperador puede ser excomulgado por el Papa. El primero, por la defección de la fe católica; El segundo, por repudiar á su legítima esposa, y el tercero, por la profanación de los lugares santos.

El capítulo CCCLI del *Derecho de Suecia*, que

trata de los herejes, contiene estas severas disposiciones:

«Todo príncipe lego que no castiga á los herejes, sino que los defiende y ampara, debe ser excomulgado por el juez eclesiástico, y si no se enmienda durante un año, el Obispo que le excomulgó debe denunciarle al Papa, con expresión del tiempo durante el cual permaneció en la excomunión. Después de esto, el Papa debe privar al príncipe de su empleo y de todos sus honores. Así es como debe juzgarse á los grandes, lo mismo que á los pequeños.

Así leemos que el Papa Inocencio III ha depuesto del imperio al emperador Othon IV por sus crímenes. Con razón obran así los Pontífices, porque Dios ha dicho á Jeremías: «Te establecí para juzgar á todos los hombres y á todos los reinos.»

(Se continuará.)

## LA CANANEA

Leyenda bíblica.

### I



MADRE mía, ¿no te has separado de mí? ¿Qué he dicho? ¿No he proferido palabras impías? ¡Oh desdicha, desdicha! ¿Qué he hecho yo á los dioses para que su ira me persiga y ponga en tan gran turbación á mi alma... madre mía?

<sup>1</sup> Esta doctrina, á nuestro humilde juicio perfectamente católica, la explica San Bernardo lacónicamente y admirablemente escribiendo á su discípulo el Papa Eugenio III. Del mismo modo que San Bernardo han opinado muchos teólogos de aquel tiempo, y en este mismo sentido extendió su célebre Constitución *Unam Sanctam* el Papa Bonifacio VIII, sin que ningún teólogo reclamase, ni aun los mismos príncipes, cuyas soberanías temporales se declaraban en aquella Constitución sometidas á la suprema autoridad de la Iglesia. Todo lo más que se hizo entonces fué tratar de limitar sus consecuencias. (Véase el excelente folleto titulado *Opinión de un teólogo rancio acerca del poder temporal de los Papas*, art. V, páginas 45 y 46).

<sup>2</sup> Apud Senckenberg, *Juris alemanici seu Suecici prae-famen*.

<sup>1</sup> *Deutsche Staats und Rechtsgeschichte*, tomo II, página 358 (cuarta edición).



MONUMENTOS RELIGIOSOS DE ESPAÑA.



IGLESIA DE SAN VICENTE EN ÁVILA.



— Aquí estoy, Salomith, no me he separado de ti, dijo abrazándola su madre: mas su hija parecía como que ni la veía, ni escuchaba.

— ¡Estoy sola; siempre sola con mis penas! continuó abatida la pobre niña. ¿Qué sucede? No soy dueña ni de mis pensamientos ni palabras... Una cosa que no soy yo, vive en mí, y piensa y habla por mí también, contra mi voluntad. ¡Madre mía! ¡Oh madre mía! ¡Ven á detenerme! Una mano de hierro me oprime. ¡Piedad, piedad! ¿Cómo escaparé de su furor? Y la joven, como impulsada por violento choque, levantóse para huir; mas sus piernas flaqueaban, y á pesar del esfuerzo de su madre que quiso detenerla, cayó rodando por el suelo, donde se agitaba en espantosas convulsiones.

La madre permaneció estática de dolor y la contemplaba mirándola tristemente.

Una mujer, sentada en un escabel, seguía con atención los movimientos de la enferma, y observaba en silencio. Por su velo y túnica azul, de hechura diferente de la de las otras mujeres, con facilidad se la reconociera por una judía: era una de estas matronas que las de su nación llamaban para curar sus males. Una prolongada experiencia la había hecho hábil para asistir en las enfermedades que afligen á las de su sexo, y hasta desde muy lejos se la buscaba.

— ¿Estos accesos suceden con frecuencia? dijo la matrona después de haber observado á la joven, que seguía revolcándose á sus ojos.

— ¡Oh sabia Mériah, contestó llorando la madre; bien hará tres lunas que mi hija está atacada de este mal, sin que mis cuidados puedan acertar á calmarla! Ya lo veis, no me reconoce á mí, que soy su madre, y repetidas veces me llama con una desolación que me parte el alma. Continuamente da gritos horribles: alguna vez invoca á nuestras divinidades, que parecen sordas á sus ruegos: más á menudo aun, blasfema de un dios desconocido á entrambas, y siempre ¡oh desventura! pierde la razón.

— Salomith, hija mía, continuó la pobre madre dirigiéndose á la enferma, vuelve en ti, mírame. ¿Cuándo te veré sonreír como antes!

Comenzaba la joven á cobrar los sentidos; miraba con extravío á su alrededor, y sus ojos parecían no ver; se pudiera decir que su alma todavía no era en ella; tenía los extraviados, cuando antes eran tan hermosos; tenía las señales de un vago terror, y sus pálidos labios se asemejaban á dos rosas, que el sol no ha enrojecido con su calor.

— Salomith, dijo la anciana Mériah aproximando á la frente y narices de la joven un odorífero bálsamo, respóndenos. ¿No reconocéis á vuestra madre?

Dió un profundo suspiro la enferma, y pareció que sus ojos cobraban un poco de vida.

— Madre mía, dijo, ¿por qué no estoy á tu lado? Era feliz cuando vivía á su sombra. Si estuviera aquí, me defendería... ¿Qué daño puede suceder á un hijo en los brazos de su madre? ¿Dónde está, y yo dónde estoy? ¡Madre mía, madre mía! decía la pobre niña con voz débil y quebrantada, ¿dónde estás?

— Aquí estoy contigo; nunca, desde el bendito día de tu nacimiento, te he dejado.

Miróla la joven, y ocultando su abrasadora frente en el seno maternal, le dijo:

— ¿Qué ha sido de mi razón, mi razón, mi razón?... No comprendo lo que pasa en torno mío, sino como en lontananza, donde todo es confuso. Mi pensamiento es un torbellino; no puedo darme cuenta. ¡Oh, he sufrido mucho!

— Joven, ¿cuál es el sufrimiento que hace tiempo padecéis? ¿es del alma ó del cuerpo? Así hablaba la matrona, y Salomith, que parecía no escucharla, continuó:

— Si pudiera llorar abundantemente, quizá encontraría algún alivio; no puedo, y un no sé qué me lo impide.

— ¿Cómo ha de ser! Mériah, dijo la madre, hablando por lo bajo á la matrona: desde el día de los primeros sufrimientos de mi hija, en vez de llorar y pedir socorro á los dioses, como se debe hacer en los trabajos, la pobre niña no ha hecho más que blasfemar y maldecir.

— ¿He blasfemado? dijo Salomith, que por la primera vez desde su mal, parecía haber entendido lo que cerca de ella se había dicho: ¿he blasfemado yo; yo he maldecido?... ¡Ah! sí, recuerdo... y su rostro, su cándido y hermoso semblante se contrajo como la hoja del acanto que el rigor invernal ha secado. ¡Sí, sí, he maldecido del cielo!... y le maldeciré todavía más. ¡Sí, sí, maldito sea! que sea maldito el día, que sean malditas todas las cosas y criaturas, desde las hierbecillas de los campos hasta el águila que rompe las nubes; desde la cigarra oculta en los olivos, hasta las estrellas que brillan en el firmamento; malditos, malditos los dioses, que pudiéndome tener sana, me han hundido en este abismo de aflicción!

— Salomith, cálmate, desdice tus palabras: si los dioses las escuchasen, lanzarían sobre ti su cólera.

Mas la joven nada oía; hablaba con ronca y brusca voz que en nada se parecía á su timbre argentino y puro, semejante al de la filomena; ¡y las blasfemias brotaban de su boca, como las turbias aguas de los torrentes desbordados!

— Los dioses! decía ella, ¿dónde están? ¡todos han sido aniquilados por aquel que se ríe de las potestades, de los dolores y que no envía más que males sobre la tierra! ¿Los dioses? están errantes, dispersos; piden asilo á las criaturas desde que él ha aparecido sobre la tierra, arrojando su culto y sus ídolos y destruyendo sus templos; el terrible: ¡viene, viene! exclamó la joven agitada por un horrible temblor; viene, viene desde el Oriente aquel que quiere encerrarlos en su lugar; mas ellos resisten, la lucha es como la de los primeros días del mundo y se vengán turbando las almas que viene á buscar.

Maldito, maldito aquel que sale de sus esplendores para veniros á perseguir.

Después de haber pronunciado estas horribles palabras, que salían de la boca de Salomith como la lava de un volcán que abrasa sus orillas, la pobre niña cayó en una crisis más violenta aún y más espantosa que las que la habían precedido, y quedó luego por algún tiempo anonadada. Se hubiera podido decir al verla con su palidez é inmovilidad, que el ángel de la muerte la había tocado, y que movido de misericordia, rompió el luto de sus días.

Aproximóse Mériah; examinó el movimiento apenas sensible de su corazón, y dijo á la madre: Silliah, no está muerta vuestra hija. Alejad por el momento este temor de vuestro corazón: el acceso pasó; mas ha sido tal su violencia, que como otros iguales le sucedan, los días de vuestra hija serán breves.

— ¡Oh! decidme qué necesito hacer para conservar la vida de esta querida hija. ¡Tened compasión de ella y de mí!

Permaneció Mériah por largo tiempo considerando las alteradas facciones de la joven, y habiendo después abierto su esportillo, sacó hierbas secas á la sombra, mezclándolas en un vaso, é hizo una bebida, con la que humedeció por varias veces los labios de la paciente, quien poco á poco pasó del cansancio del sufrimiento á un refrigerante reposo. Sin embargo, todavía parecía su sueño algo agitado, así como la hoja continúa moviéndose ante los últimos soplos de la tormenta.

Siguió Mériah silenciosa, fijos los ojos en la joven: infinitas ideas batallaban en su interior.

Las profecías se cumplen, decía entre sí. El Infierno está agitado; los espíritus de las tinieblas salen y se revuelven al rededor nuestro, como el rugiente león, cuando trata de devorar su presa. En todas partes están: bullen en el espacio como los abejorros cuyo nido es asaltado por el enemigo.

Dichas estas palabras, dando un gran grito Salomith, se despertó y dijo con acento que parecía un quejido:

— Mériah, vos lo habéis dicho, él ha venido y está aquí y en todas partes. ¿Dónde nos refugiaremos? Nuestro reino ha terminado... Y la joven escapó dando lamentables voces.

Había quedado la matrona confundida por la adivinación de su pensamiento, y continuó sumergida en profundas reflexiones.

Durante este tiempo, Silliah seguía los pasos de su hija que, como llevada por un espíritu, huía como espantada corza.

Alcanzóla, por fin, en el instante en que, sin aliento, aniquilada, caía sin sentido en la arena de la playa.

Salomith permaneció por algún tiempo desvanecida en los brazos de su madre, que bañando de lágrimas su rostro, trataba de reanimarla por medio de sus caricias. ¡Quién puede apreciar las angustias de una madre que en sus brazos sostiene una hija moribunda! Angeles del cielo, llorad por ella. ¡Este profundo dolor sólo logran conocerle los que pueden medir el infinito!

## II

Acababa el sol de sumergirse en el mar, y sucedale una apacible noche de Oriente, serena y clara. Empujábanse unas á otras las olas acompasadamente, y la frescura que traían refrigeraba la frente de Salomith, y parecía como que la comunicaba vida y lucidez de pensamiento. Abrió sus fatigados ojos, miró en torno suyo, y una lágrima, como suave rocío que durante mucho tiempo no humedecía sus párpados, se deslizó.

— Zacarías, dijo; y al presente su voz, semejante á la del pájaro que acaba de despertar, parecía un débil eco en el silencio de la noche. Zacarías, bien amado de mi corazón: ¡triste de mí! no te traerán las olas á la orilla... ¿No oíré más el golpe bien

conocido de tu remo en la espumosa onda? ¿No volveré á ver deslizarse tu ligera barquilla sobre las azuladas olas? Zacarías, Zacarías.

Y la joven permaneció sumergida en un ensueño, que su madre no se atrevió á interrumpir por temor á quebrar el hilo apenas reanudado de sus pensamientos. Continuó, y su voz remedaba un canto.

— ¡Ha sucumbido el más ágil y hermoso de los hijos de Canaan; su vida ha sido segada en flor, el mismo día en que vínculos, por largo tiempo deseados, nos iban á unir! Ya se disponían los festines en nuestras dos familias; había partido alegremente para llenar sus redes con objeto de obsequiar mejor á sus esperados huéspedes. Mas á la tarde... Zacarías, Zacarías... ¿Qué había hecho para morir? ¡Y haberlo visto... yo, su desposada... en la orilla, á la mañana! Yo había conocido desde lejos su túnica, de color de lino florido... Creíame que dormía, después de las fatigas de una noche de huracán, y le llamaba: Zacarías, Zacarías...

Muchas veces repitió la joven este nombre, y cada una que le pronunciaba ponía atento oído y volvía á decir con tristeza:

— ¡Zacarías! Sólo la mar responde á mis gritos: las olas me hablan en confuso murmullo. Véole en todas partes; pero su voz la escucho en vano: no la oigo jamás. ¡Zacarías!

— Valor, hija mía.

— ¿Quién me habla? dijo Salomith con amarga sonrisa. ¿Qué voz escucho? No es la suya... Si yo pudiera... hace mucho tiempo... ¿qué decía yo?... mis ideas se extravían y escapan como las ovejuelas á quien el miedo dispersa: no puedo coordinarlas. Y Salomith recogía su velo y cabellos esparcidos, que el viento de la tarde levantaba y hacía flotar. No pudiendo retenerlos, los abandonó como sus pensamientos á la brisa; volviendo á decir con su armoniosa voz:

— A la tarde, allá en la montaña, cuando el sol se sumerge en las verdes aguas del mar, ¡quién pudiera seguirle! ¡Oh, continuamente quisiera volar como los pájaros, é ir á reposar mi vuelo encima de las olas rozándolas apenas! Cuando yo era una joven feliz, hace ya de esto mucho tiempo, me era agradable la vida como al pajarillo; ¿qué he hecho de mis alas? ¡Cuántas veces he surcado la superficie de las aguas! Otras, bien me acuerdo, ascendía hasta las nubes, impregnábanse mis cabellos de celestial rocío y mis pies desconocían los caminos de la tierra. Entonces mis compañeras me miraban y sonreían, como también las estrellas, con sus brillantes luces. Todo era esperanza y alegría para mi corazón y mi alma.

Viento de la tarde, llévame. Si pudiera volar detrás de la pálida luna, más allá de las estrellas y los soles. ¿Quién sabe? Quizá encontraría mi juventud, mis alegrías y la dicha que con crueldad se me ha robado. ¡Oh! si esta nube que se desliza por encima de mi cabeza, quisiera descender un poco para servirme de trono, ¡cuán rápida y lejos caminaría!

Y la joven sonreía y levantaba al cielo sus ojos, siguiéndola con infantil alegría como si esperara á que bajase para tomarla. Dispuesta á lanzarse, se empujaba como el polluelo del cisne, cuando va á emprender su vuelo y deja el húmedo elemento. De repente palideció, un grito salvaje se escapó de su garganta, y su voz, há poco tan apacible y llena de armonía, se tornó ronca y terrible; hubiérase dicho que su acento salía de la profundidad de una caverna.

— No, no, decía la horrible voz; no se evita así el sufrimiento, es necesario padecer, morir y verse extinguir. ¿Qué ha sido de Zacarías? La ola le arrojó sobre la arena, con los ojos sangrientos, lívidos los labios: había salido con salud, lleno de vida y mocedad, y el mar le ha vuelto de manera que espantaba mirarle, para rendir su postrer suspiro en medio de un cruel estertor. Viéndole te indignaste, y tu alma se rebeló; y tu decías: ¿qué ha hecho él para verse tratado así? Sí, sí, ¿qué había hecho? proseguía la voz con una espantosa carcajada. Nada, sino que era criatura de aquel que le hizo su esclavo para agobiarle de males, y tu grito rebelde te entregó á mí: tu me perteneces, me perteneces ahora y por toda la eternidad.

La joven, por cuya boca se escapaban estas horribles frases, se golpeaba y parecía sostener una lucha desesperada; pero sus fuerzas desfallecían, y cuando la voz se calló, Salomith, fatigada, dijo con débil acento como el suspiro de un moribundo:

— ¡Madre mía, madre mía!

Silliah la había cogido en sus brazos y la estrechaba amorosamente; mas, á pesar de ello, un arranque irresistible la despidió de sus brazos, y fué á rodar por la arena de la playa poseída de convulsiones que retorcían sus miembros, hasta el punto de parecer que iban á quebrarse. Luego quedóse



privada de sentido, á la manera que la presa del chacal queda olvidada después de haberla vencido.

## III

Media noche había pasado sin que Salomith hubiese recobrado sus sentidos. Silliah, ayudada por la anciana Mériah, la había trasladado á su vivienda y lloraba á su lado.

— ¡Qué mal tan cruel ha contraído mi hija! decía la pobre madre. Mériah, vos, á quien los dioses han hecho experta para combatir los males, ¿no conocéis, pues, algún hechizo ó remedio que pueda curar á mi hija? ¡Oh! dádmele y tomad en cambio todo cuanto poseo; mis campos, mi casa, todo es para ti si logras sanar á mi hija, la alegría de mi vida.

Mériah movió la cabeza tristemente; y Silliah pensó que sus ofertas no satisfacían en nada á la matrona, porque por lo regular la vejez es avara y quiere atesorar para el porvenir, á cuyo tiempo no llega.

— ¡Oh desventura! añadió la infeliz madre; sé muy bien que cuanto poseo no sería bastante para pagar tan grande beneficio. Pertenezco á una raza despojada; todo mi pueblo vive en la opresión desde que el vuestro vino á través del desierto á apoderarse de nuestro país. Soy pobre, pero no ingrata. Escuchad: jóvenes aun y robusta, á ti á quien la edad ha encorvado el cuerpo, si me sanas mi hija te serviré durante la vida aun en los trabajos más penosos. De día, de noche, á todas horas seré tu sierva, tu fiel esclava; pero sálvame mi hija. Todo lo he intentado desde hace tres lunas: nuestros médicos y astrólogos nada han podido; sólo confío en ti. Sálvame, sálvame, cúrala de un mal tan extraño y espantoso, á cuya vista sola se hiela mi sangre. Tened compasión de ella y de mí.

Y la pobre madre sollozaba, abrazando las rodillas de la anciana matrona, y mostrándola su hija desmayada. Mériah miraba á Salomith; sus facciones revelaban una profunda tristeza.

— Hay enfermedades para las que una gran experiencia, fruto de largo tiempo, me ha dado remedios para curar; y si esta fuera del número de las que estoy acostumbrada á combatir, me emplearía con gusto en sanar á tu hija, pobre madre. Pero esto no es un mal común, y toda la ciencia de los más hábiles médicos no bastará.

Bajó la voz la anciana y continuó:

— Un espíritu infernal se ha apoderado de tu hija, y él es quien la domina.

La madre parecía escucharlo sin comprenderlo.

— Quizá, continuó Mériah, quizá Salomith, rebelándose contra los pesares, le ha dado entrada en su alma; tal vez sea esta una prueba para manifestar la gloria del Todopoderoso... Aquel á quien todo pertenece, se ha reservado el secreto de sus designios.

— ¿Qué decís? repuso la madre.

— Digo, replicó la docta matrona, que esta desgraciada niña está poseída del demonio. ¿No veis que no es ella la que habla, sino él, quien por intervalos lo hace?

— ¿Qué escucho, Mériah? ¿se habrá apoderado de mi hija un espíritu malo, siendo ella tan prudente y dócil? ¿quién puede creerlo?... Sin embargo, si es así, ofrezcamos un sacrificio á los dioses, para que la libren. ¿Qué víctima escogeríamos?

— ¡Ah! Hace más de tres meses que imploráis á vuestros dioses. Y ¿os han escuchado? No, no; los ídolos de las naciones no son otra cosa que oro y plata, obra de la mano del hombre; tienen boca y no hablan, ojos y no ven, oídos y no oyen.

— ¡Oh! hé ahí cómo habláis los de vuestro pueblo; después de habérmolos quitado todo, queréis todavía despojarnos de nuestros dioses y creencia.

— ¡Oh! Silliah, decid más bien que después de haberos quitado todo, queremos devolverlo centuplicado, enseñándoos la verdadera luz que viene á iluminar el mundo; porque nuestro Dios está en los cielos: Él ha creado el Universo, y no contento con eso sólo, vigila su hechura, y ha prometido al hombre rescatarle. Escuchad, escuchad, Silliah, añadió la matrona con tono solemne, que cautivó á la cananea, á pesar suyo.

¡Oh Dios, nuestros caminos son santos! ¿Qué dios más grande que nuestro Dios?

Lo que nosotros hemos oído y aprendido, es lo mismo que nuestros padres nos han enseñado; no lo ocultaremos á quienes pueden escucharnos, por que el Señor quiere ser conocido por toda la tierra. Es el Dios verdadero, el Dios Todopoderoso. El vela sobre su criatura, como el padre por sus hijos.

Entonces la anciana Mériah, remontándose al curso de las edades, cuenta la historia del pueblo de Dios, historia maravillosa, que llega hasta el origen de todo lo creado. Habló de la falta de nuestros primeros padres; mencionó el castigo, el traba-

jo, sufrimiento y muerte impuestos al hombre en expiación de su pecado, pero con la esperanza de otra vida que le ayudase á soportar las penalidades de ésta, porque siempre la cólera de Dios está atemperada por su misericordia. Luego habló de los crímenes de los hombres desafiando al Sér Supremo y atrayendo el diluvio sobre el género humano, libertado en la persona de Noé, el hombre justo; después tocó el punto de la irreverencia de Cham y de toda su raza, y de la de Canaan, arrojada y dispersa sobre la faz de la tierra.

— ¡Oh! sí, exclamó la cananea que había prestado atención; suraza sigue aún oprimida y pisoteada por los pies de las naciones, sus dioses abolidos, y el país que habita tributario; la abyección es su patrimonio.

Luego le habló Mériah de Abraham, de su grandeza, poder y sumisión, levantando el cuchillo para sacrificar á su hijo.

Silliah se estremeció mirando á su hija, que paulatinamente se había quedado dormida. Reflexionó que el dón de fortaleza debió reinar en el espíritu de este patriarca, para tener la resignación de obedecer á Dios: No obstante, dijo:

— Si es el Dios de los débiles, no hubiera exigido este esfuerzo de una madre.

Luego Mériah narró la conmovedora historia de los hebreos, y sublimándose su espíritu con este asunto, exclamó:

— Cuando Israel salió de Egipto, y la familia de Jacob de la opresión de un pueblo bárbaro, Judá vino á ser el santuario del Eterno. ¡É Israel fué su heredad.

Vióle la mar y se abrió, el Jordán retrocedió hasta su origen.

Las montañas temblaron como el ciprés, y las colinas como el corderillo.

¿Por qué te apartas tú, Jordán? ¿Por qué has retrocedido hasta tu fuente?

Porque la tierra se había visto conmovida en la presencia del Señor.

Lo más alto de los cielos, pertenece al Señor.

Y Dios, en su misericordia, ha prometido á la tierra un Redentor.

Y al presente ha brillado para nosotros el día de la redención. Hé aquí que ya traigo del Oriente á mi servidor, y destruiré la iniquidad de la tierra, dijo el Señor Dios de los ejércitos.

El Señor ha prometido á David, su siervo, [hacer salir un Salvador de su fecundo linaje.

Silliah, Silliah, los tiempos de la promesa han llegado; el Redentor del mundo ha venido á salvarle; trae consigo todos los bálsamos; sana las enfermedades así del alma como del cuerpo; á su voz todo mal cesa; la misma muerte se ve obligada á devolver su presa. El es quien puede curar á tu hija, Él solo: pero esta gracia no se concede sino por medio de una ardiente súplica.

— ¿Dónde está? exclamó la cananea, con el alma suspensa de los labios de la matrona: quiero ir á pedirle mi hija; yo le suplicaré. ¡Oh, le rogaré como sabe pedir una madre que suplica por su hijo!

(Continuará.)

## FERROCARRILES EXCEPCIONALES

*Planos inclinados de Pittsburgh.* — Los norteamericanos no son gente que se dejen tomar la delantera por los ingenieros de Europa. Antes de la construcción de la línea del Vesubio, habían trepado á Pittsburgh por medio de rampas muy poco inferiores. Esta ciudad, como Lyon, ocupa, en la confluencia de los dos ríos que forman el Ohio, un valle muy pequeño cerrado por una alta colina muy abrupta, sobre cuya meseta la ciudad tiene forzosamente que extenderse para agrandarse. Para hacer esto posible, era preciso enlazar el valle con la cima de la colina, por medio de planos inclinados, que son un término medio entre el ferrocarril y el ascensor. Nada menos que cuatro de estos ferrocarriles oblicuos ha sido necesario establecer, y vamos á resumir las cifras que se prefieren al llamado del Fuerte-Duguesme, establecido hace dos años próximamente, por la Compañía de este nombre, cerca del fuerte de que toma su denominación. Hay 241 metros de longitud (de los cuales 110 metros inferiores están formados por un viaducto de hierro que franquea las vías férreas ordinarias de la parte baja de la ciudad); y se eleva á 122 metros por una rampa de 589 milímetros, á 30 grados y medio, que es de dos vías de 1<sup>m</sup>,52 de anchura.

La tracción se verifica por medio de una máquina de 70 caballos, instalada en la cima, poniendo en acción un torno que desarrolla á lo largo de una vía

el cable de acero, al cual está amarrado el tren descendente, enrollándose al mismo tiempo sobre la otra vía, izando el tren ascendente; de suerte que los vagones equilibran su peso. Estos vagones descansan sobre un reborde que recobra la oblicuidad de la vía y se componen, á la americana, de un solo compartimiento horizontal que contiene 25 asientos. La duración del trayecto es de 2 minutos.

Como medida de seguridad, además de las palancas de parada, de cambio de marcha de la máquina y de los frenos que producen el movimiento del tambor, hay un segundo cable de seguridad que se enrolla y se desarrolla con el primero, sin sufrir el esfuerzo de la tracción, pero que reemplazaría al cable activo en caso de accidente. La circulación es tal, que esta balsa terrestre tiene que hacer servicio 19 horas al día.

*Ferrocarril de Giessbach.* — Es preciso reconocer francamente que el precedente sistema, como el del Vesubio, no ofrece, al menos al espíritu, la seguridad perfecta que se encuentra con los frenos automáticos muy sencillos, tales, por ejemplo, como los que han sido aplicados por el ilustre ingeniero del Righi, Mr. Riggembach, en la pequeña línea de Giessbach, construída igualmente por él, desde Octubre de 1878 hasta Julio de 1879.

Hace algunos meses hemos dicho algunas palabras sobre esta curiosa línea; pero el eminente ingeniero Mr. Baclé ha publicado un artículo en la *Nature*, acerca de la línea de Giessbach, verdadera obra maestra de mecánica; artículo tan interesante que no podemos resistir al deseo de tomar de él algunos detalles complementarios. El principio es siempre el del sistema funicular: dos vagones, de los cuales el uno sube y el otro baja, equilibrándose, á los dos extremos del cable enrollado sobre un torno y desenrollándose de un lado, mientras que se enrolla por el otro. Pero aquí, ya lo hemos dicho, no hay máquina: el vagón que sube es izado por la simple acción de la gravedad, estando cargado el vagón descendente, y en un doble fondo, de un peso de agua (suministrado por la cascada del Giessbach) superior al del tren ascendente. Es de una gran originalidad en sus detalles. Del lago de Brienz al embarcadero, se sube á pie, hasta 29 metros por cima del lago, por una escalera cubierta, cuyo pasamano soporta un ferrocarril diminuto, sobre el cual se suben los equipajes á mano. El plano inclinado se eleva, desde esta estación al hôtel, en una longitud de 346 metros, á una altura de 93 metros, por encima de la estación, por una rampa de 24 á 32 metros; en los 190 metros superiores, la vía está soportada por un viaducto de cinco arcos de hierro. Esta vía, de un metro de anchura, es única, salva una corta excepción en el centro, donde los dos vagones se cruzan automáticamente sin agujas; uno de los vagones tiene las ruedas provistas de rebordes interiores, la otra de rebordes exteriores, y en el punto de la bifurcación, cuando la vía se hace sencilla, los rebordes exteriores guían sobre una vía, y los interiores hacen inclinar el vagón por la otra. El cable, de cáñamo y acero, aunque puede resistir 20.000 kilogramos, no ha parecido suficiente medio de seguridad, y á todo lo largo de la vía se extiende una cremallera en la cual engrana una rueda dentada llevada por el vagón, y que basta para detener el movimiento sujetándola con un freno que suspende el tren en esta cremallera. Si el cable se rompe, un gancho cae sobre la cremallera y suspende el vagón. El coche tiene cinco compartimientos de ocho plazas, y pesa vacío 6.000 kilogramos y lleno 9.500; el vagón descendente debe pesar 1.300 kilogramos más que el vagón que sube. El trayecto dura 6 minutos.

*Ferrocarril sumergible, llamado puente corredizo de Saint-Malo.* — El originalísimo y muy cómodo instrumento de transporte que reúne á Saint-Malo con Saint-Servant, y que tiene á la vez condiciones de ferrocarril y de barco, no se clasifica ordinariamente entre las vías férreas, y sin embargo, posee los caracteres de estas, puesto que efectúa sobre carriles su trayecto de una ciudad á otra. La distancia es muy corta y la vía está frecuentemente cubierta por el mar: hé aquí lo que obliga á colocarla en la categoría de las líneas excepcionales.

Saint-Servant está separada de Saint-Malo por una vasta bahía que se queda en seco en la baja-mar, después de la luna nueva y de la luna llena, pero que sube mucho en las altas mareas de equinoccio, en Marzo y Setiembre, hasta tener 10 metros de fondo. En toda marea viva, el puerto es accesible á los buques de mayor porte; pero cuando la mar se retira, los barcos se quedan en seco, lo cual tiene sus ventajas y sus inconvenientes. Durante largo tiempo, los inconvenientes han predominado, y la ley de 1836 ordenó el cerramiento de la estrecha garganta que separa las dos ciudades, para transformar la gran bahía interior que se encuentra entre ellas, en

1 Ps. 113.

2 Ibidem.



una dársena á flote que se comunicase con el mar por dos esclusas.

Se ha trabajado cuarenta años y se han gastado 68.000.000; la naturaleza ha puesto grandes obstáculos, pero los malinos y los servaneses los han suscitado mucho peores, hasta que la Administración central ha concluido por abandonar todas las obras; y se han paralizado otros proyectos. Las esclusas están hechas, pero no tienen puertas, y el mar llena y vacía cada día el puerto. En presencia de semejantes hechos, se cree estar en Egipto ó en Honduras.

Las obras hechas para cerrar el paso, han dado, sin embargo, algunos resultados, porque su anchura ha disminuído, y sobre el resto de la garganta, las fundaciones del dique se han transformado en pasaderas para los peatones, permitiendo transitar en seco durante la baja marea viva. En otra parte de las fundaciones antiguas, aguas arriba, se han colocado los carriles del puente corredizo. La abreviación del camino pasando por la entrada del puerto es exactamente la mitad (1.700 metros, en lugar de 3.400 por el centro de las dos ciudades), así es que diariamente toman el camino directo dos mil personas. Pero las comunicaciones eran precarias: durante las altas mareas, lo mismo que en la bajamar de agua muerta (cuando el flujo y el reflujo son débiles, después del primero y del último cuadrante) se servían de botes, y el resto del tiempo se marchaba por la pasadera, bajando y volviendo á subir la altura de un cuarto piso.

Un simple particular, el arquitecto Leroyer, ofreció hacer cesar este estado de cosas, estableciendo en el paso, á su costa y riesgo, un carretón inventado por él. Las obras, autorizadas en 10 de Febrero de 1873, se hicieron con una rapidez verdaderamente americana, y el 30 de Setiembre del mismo año se inauguró el puente corredizo. Este es una plataforma rodeada de una balaustrada, provista de cobertizos y de bancos, colocada sobre cuatro pilas de hierro que tienen la altura máxima del agua en el paso; estos cuatro soportes están fijos á su vez sobre un truck interior, que rueda sobre el ferrocarril establecido transversalmente en el fondo del paso. Este ferrocarril funicular, con tracción de cadena, tiene 4<sup>m</sup>,60 de separación entre los rails, y de longitud la anchura de la garganta; es decir, 101 metros, lo que hace que sea verdaderamente «el camino de hierro más pequeño del mundo.»

El extraño vehículo, á la vez aéreo, terrestre y marítimo, tiene 7 metros de longitud, 6 de ancho y 10,85 de altura; es decir, la altura de los muelles de ambas ciudades sobre el fondo de la entrada del puerto. Cuando hay bastante agua para cubrir solamente el vagón inferior, nada hay más singular que esta terraza posada sobre dos pares de zancos, que pasa de una ribera á otra entre el cielo y el mar, sin que nada revele el secreto de su movimiento; este movimiento lo recibe de una locomóvil de diez caballos, instalada en Saint-Servant y que, dejando desarrollar la otra, enrolla en sentido inverso al rededor de un tambor, alternativamente, la una ó la otra de las dos cadenas que, por medio de las poleas necesarias, remolcan hacia una ú otra de las orillas el puente corredizo.

Este está más especialmente destinado á los peatones; sin embargo, los carruajes ligeros pueden colocarse enganchándolos á ambos lados de la toldilla de primera clase, elevada en el centro de la plataforma.

(De la *Gaceta de los Caminos de hierro*.)

## BIBLIOGRAFÍA

Hace algún tiempo que vimos en una librería un folleto de 98 páginas en 8.º con este título: *La Inquisición fotografiada*, por el presbítero catalán don José María Berenys y Casas, y á juzgar por el corto volumen, creímos que sería un trabajo ligero de lo que ahora llamamos *libros de propaganda*, bien intencionado y bien escrito, pero sin la novedad ni la importancia de una obra magistral sobre la materia, acerca de la cual se han escrito muchos y gruesos volúmenes.

Debemos á la amistad del autor un ejemplar, en cuya lectura hemos visto realizado un verdadero prodigio, pues es imposible, sin verlo, comprender cómo ha podido el Sr. Berenys resumir en tan escasas páginas tantas noticias, tantos y tan acertados juicios respecto de un asunto que, por las calumnias de los impíos, parecía condenado á perpetuo embrollo y á interminables polémicas.

*La Inquisición fotografiada* es un estudio completo y acabadísimo sobre el origen, naturaleza, procedimientos é influencias del Santo Oficio, y dicho se está que para ser así, atendido el volumen

del folleto, no hay una frase declamatoria, ni una palabra que huelgue, ni una divagación que distraiga; todo es sustancia: cada página vale por un libro y todo el libro por una obra de muchos volúmenes. El lenguaje es claro, limpio, correcto, de modo que se lee con facilidad y con gusto, quedando grabado en la memoria todo lo que se lee, porque cada frase es un rayo de luz y el folleto una antorcha, que como dice graciosamente el autor, «conduce hasta el fondo de los pavorosísimos secretos del Santo Oficio.»

Para complemento de estas noticias y muestra de la obra, vamos á copiar el resumen hecho por el mismo autor en las cuatro últimas páginas del precioso folleto.

«Resumamos todo lo dicho. La herejía es contradecir de un modo sistemático las verdades divinas; y por consiguiente es una verdadera rebelión contra Dios, por cuanto el hereje es un hombre orgulloso que, jactándose de saber más que Dios, con El se encara, le desmiente, tratándole de embaucador y embustero. Nadie puede desconocer, pues, cuán gravísimo crimen sea la herejía, la que no es un mal aislado y sin ulterior consecuencia, que insultar la Majestad Divina, sino un mal contagioso que, entre otros resultados, trae la perturbación del orden social, toda vez que sobre la base de la Religión descansa toda sociedad bien ordenada; y como procurar la propia conservación es de derecho natural, síguese de ahí que la sociedad, en justa y legítima defensa, puede y debe castigar la herejía.

«Obedeciendo á este principio inconcuso, ya desde los más remotos tiempos, los pueblos todos establecieron severísimas penas contra los impugnadores de sus creencias religiosas, considerándolos como capitales enemigos de la paz y felicidad públicas. Más conocedores los pueblos cristianos de la necesidad de la Relección, é impulsados por su fe y amor á Jesucristo, en sus códigos clasificaron á la herejía del mayor de los crímenes, castigándola con los más terribles suplicios.

«La Iglesia, madre siempre cariñosa y de cuyas entrañas rebosa ternura hasta para con sus hijos extraviados, á fin de evitar que éstos sufriesen los rigores del poder civil, y no raras veces fuesen víctimas de los furiosos populares, estableció un tribunal que, rodeándose de todas las posibles garantías de acierto, examinara con pleno conocimiento de causa los grados de culpabilidad, y resultando ésta, no perdonase medios para excitar en el corazón del culpable el arrepentimiento que, purificando su alma, salvase también su cuerpo.

«Medida tan sabia como humanitaria, en vez de recibir los aplausos de los que tanto cacarean su amor á la humanidad y justicia, ha sido objeto de sus furibundos anatemas, fogosas invectivas, pertinaces calumnias; y la Inquisición, que este es el nombre de aquel Tribunal, ha sido presentada como una institución horriblemente sanguinaria, merecedora de eterno oprobio.

«Se la acusa de encarcelar arbitrariamente; y ningún tribunal de aquel tiempo ni del presente, antes de expedir un acto de prisión, ha guardado tantos miramientos.

«Se la acusa de iniquidades en sus procesos; y jamás tribunal alguno ha tomado precauciones tantas en sus procedimientos para asegurar el acierto.

«Se la acusa de atrocidades con los presos, y ni toda la decantada filantropía de nuestros tiempos ha llegado á establecer para los encarcelados las atenciones y hasta comodidades que la Inquisición les tuvo.

«Se la acusa de complacerse en torturar á los procesados y ella empeñóse en acumular medidas que hicieron muy dificultosa la apelación á la tortura, la aplicó con mucho menos rigor que los otros tribunales, y fué la primera en abolirla por el completo desuso.

«Se la acusa de condenar á muerte; y jamás pronunció ni una sola sentencia de esta clase.

«Se la acusa de quemar vivos á los herejes en los autos de fe; y ni en éstos hubo hogueras, ni la Inquisición mandó al quemadero á herejes vivos ó muertos.

«Se la acusa de enriquecerse con las confiscaciones; y los bienes confiscados no eran para el Santo Oficio, quien, lejos de favorecer aquéllas, apeló á ingeniosos medios para salvar del fisco los bienes de los sentenciados por herejes.

«Se la acusa de haber impedido el progreso de las letras y artes; y cabalmente en plena Inquisición fué la edad de oro de las artes y literatura en nuestra patria.

«Se la acusa de haberse encarnizado con Galileo; y á éste lo trató con una benevolencia que hasta sorprende.

«Se la acusa de dificultar el poderío y grandeza de la nación, y precisamente nunca ha sido más grande

y temida la España como cuando la Inquisición estuvo en su apogeo.

«Se la acusa de haber sido impuesta; y su establecimiento debióse á las circunstancias que la exigieron y con aplauso saludada por los pueblos.

«Se la acusa de favorecer el absolutismo; y jamás consintió ella que se adulase el poder de los reyes, sin temer ni la severidad de Felipe II.

«Y quienes vindican la Inquisición de cuantas acusaciones han formulado sus detractores, es la historia con la imparcial narración de los hechos, es la lógica con sus desapasionados raciocinios, son; cosa admirable! las confesiones de sus mismos adversarios; resultando tan claro como la luz del medio día, que el Santo Oficio jamás tuvo la pretensión de penetrar en el fondo de las conciencias, ni de quitar á nadie la libertad de pensar como le pluguiese; lo que intentó, lo que hizo, fué impedir que se pervirtiesen los espíritus y los corazones, y áun esto lo efectuó de una manera tan humanitaria, que puede servir de modelo á los legisladores de nuestros días de *filantropía, ilustración y progreso*. El mismo Voltaire ha dicho que «á la Inquisición se le han imputado excesos de horror é insolencia que no cometió,» y para ese famoso impío era tan incuestionable la inocencia del Santo Oficio, que llegó á estampar estas palabras: *Es necesario ser muy torpe para calumniar á la Inquisición, y para buscar en la mentira cómo hacerla odiosa.*

«Vamos á concluir, pues, con un símil-moraleja tomado de una corrida, diversión (así la llaman) que tendrás presente, pueblo querido, ya que no sabes despojarte de tu tradicional afición á los toros. Pues bien: ¿no te acuerdas cómo allá, en la plaza, sale el majo de primer espada, y para dar muerte al toro, ostenta rumbosa capa de grana con la que desorienta á la fiera y escurre el bulto, ocultando tras aquella el arma mortífera? ¿Estás, pueblo mío? Pues sepas que hoy la gran *capa* es la Inquisición, y los *primeros espadas* que con sus *cuadrillas* han convertido al mundo en una vasta plaza de toros, á ti han escogido para infeliz bicho de cuyo pellejo se esfuerzan en arrancar hasta la última tirita. Por ello te *capean* á las mil maravillas, haciéndote creer los *horrores* inquisitoriales y tragar al otro gazapo de la *vuelta* del Santo Oficio. Así tú, alborotado y enfurecido, no ves más que la pobre *capa* de la Inquisición, y dale que dale con ella, sin que te des cuenta de que de este modo te *capean* para hacerte desdichada víctima!»

El folleto se vende á *tres reales* en la *Tipografía Católica*, calle del Pino, núm. 5, Barcelona, y en la Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA.

Los lectores de LA ILUSTRACIÓN han podido saborear más de una vez algunas poesías del señor D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca, inspirado vate de la celebrísima escuela sevillana, en quien se unen los laureles de Marte con los de Minerva, y de quien puede decirse con Ercilla, que, ora manejando la espada, ora la pluma, ha sabido mantener el lustre de su noble casa. Ahora acaba de salir á luz la segunda edición de sus *Poesías* completas, esmeradamente impresas en casa de Tello y precedidas de un excelente retrato del autor, grabado por el hábil buril de Maura.

Abrese el precioso volumen con un prólogo magistral, escrito para la primera edición por el señor D. Luis Segundo Eudoro, una de las mayores *ilustraciones*, como ahora se dice, de la Academia Sevillana de Buenas Letras, que ya pasó á mejor vida. En este prólogo se juzgan con tanta imparcialidad como acierto las poesías de señor de Gabriel, las cuales, dice, caracterizan al hombre público y al hombre privado, al español antes que todo, monárquico leal y entusiasta, aristócrata sin jactancia, amante de la tradición, al fiel creyente, al buen esposo, al hijo y padre cariñoso y tierno. Y tratando de la forma escribe el prologuista:

«Severo y sobrio de adornos, enérgico y conciso en la expresión, siempre castizo, correcto y puro en su lenguaje, sobresale «por la riqueza y galanura de la frase poética, la propiedad y brillantez de las imágenes y el número y cadencia de la versificación, que avaloran especialmente aquellas poesías, en que el autor, menos obligado á sujetarse á la índole filosófica y austera del asunto, es más dueño de la composición de sus cuadros y de la rotundidad y armonía de sus períodos.»

La colección que tenemos á la vista, se divide en *Epístolas, Himnos, Odas y Canciones, Elegías, Romanes y Sonetos*. En tan diversos géneros brilla la inspiración del señor de Gabriel, sin que pueda decirse que decae ó se amortigua en ninguno, pues nuestro vate es un excelente poeta lírico, que maneja á maravilla las cuerdas de su lira, templada en las armonías de los autores clásicos.



Tiene el señor de Gabriel tal ternura de afectos, tal sentimiento de lo bello y tan exquisita delicadeza de frase para expresar sus ideas, que sus poesías son tanto más bellas cuanto se remontan más á las cumbres de la lírica, llegando á la más alta inspiración en las poesías *A Elisa*, *A mi madre*; en la elegía al Sr. Pérez de Molina en la muerte de su hijo; *A mi hija Dolores*; en el himno á la *Expectación de la Virgen María* y otras muchas donde abunda la misma inspiración lírica, que como fuente cristalina rebosa de la fantasía del vate sevillano, ardiente y dulce á un tiempo como los pinceles del gran Murillo.

Los límites de nuestras revistas biográficas no nos permiten detenernos más en el examen de tan bellas poesías; pero no terminaremos sin felicitar á su autor por la nueva edición de sus poesías, encantador ramo de flores que nos ha hecho aspirar el aroma de las márgenes del Guadalquivir y los laureles del Parnaso sevillano.

Hállase de venta este libro en las principales librerías al precio de 4 pesetas en Madrid y 4,50 en provincias.

## LA RAMA DE CORAL

NOVELA HISTÓRICA DE ENRIQUE DE CAUVAIN

### XI

— «¡Y bien! ¿ha vuelto de Frégastel?  
— Acaba de llegar.  
— ¿Y qué le ha dicho el joyero?  
— No ha querido decirse a nadie, pero parece que está loco de alegría. Baila, canta, pateo, como si su cerebro se hubiese descompuesto.

— Seguramente, va á tener una enfermedad.  
— ¡Ese Marguen-Lo tiene muchísima suerte! ¡Esas cosas no les sucede más que á los ricos! ¡Yo, que hace cuarenta años, que todas las mañanas echo mis redes al mar, no he encontrado nunca sino unas malas conchas que me cortan todas las mallas!

— ¿Cómo se llama eso?  
— ¿Lo que ha encontrado Marguen-Lo?  
— Sí.  
— Coral. ¿No lo habéis visto?  
— No.  
— Se parece á una rama de junco que fuera de piedra rosa. Parece que se envía eso á París, y que las grandes señoras se hacen con eso collares.

— Allí hay á lo menos por valor de cien escudos, ¿hein?  
— No lo sé. Lo que es yo no hubiera dado un ochavo.

— Ni yo tampoco.  
— ¡Y pensar que tal ganga le toca á un perezoso como Marguen-Lo!

— ¡Bah! yo no lo envidio, exclamó Legoz, que acababa de llegar entre el animado círculo de los pescadores. La riqueza no es buena más que para los viejos que no pueden trabajar. Pero cuando se tienen dos buenos brazos y un cuerpo bien construido, ¡caramba! debe ser un gran suplicio el estar sin hacer nada. ¡Vamos, no pensemos en eso; y en camino, que la marea sube ya!

Después que habló de este modo, el buen Legoz entró en su barco, y muy pronto la pequeña flota de los pescadores se alejó de la orilla.

Cuando volvieron por la tarde, no traían mucho pescado en el fondo de sus barcos. Casi todos, con gran escándalo del honrado Legoz, pasaron el tiempo de la pesca buscando en las rocas á flor de agua y al pie de las cortadas, con la esperanza de encontrar allí un tesoro semejante al de Marguen-Lo. Inútil es decir que fueron vanas sus pesquisas.

El papel que hace este joven en nuestra historia, nos obliga á hacer su retrato en unas cuantas líneas.

Marguen-Lo era, en esta época, dueño de la posada que se encuentra en medio del camino entre Plouisic y Frégastel, en el camino que costea las cortadas. Su padre, que aun vivía, había juntado una pequeña fortuna y se había retirado de los negocios, dejando á su hijo el cuidado de continuar su comercio. Era de mucha edad y estaba casi chocho.

Marguen-Lo no dejaba de tener inteligencia. Tenía esa astucia, casi instintiva, que posee el hombre de campo y que no se extiende más allá del limitado círculo de sus intereses materiales.

Sabía comprar la cidra barata y venderla cara á los carreteros y pescadores de la costa. Sabía también de qué artimañas se había de valer para desorientar á los aduaneros y cómo, por la noche bien oscura, se recibe sin comprometerse el aguardiente y el tabaco de contrabando.

En esto consistía toda su ciencia y toda su malicia. Era un muchacho de unos veinticinco años, robusto y alto, muy rubio, con ojos azules á flor de

cara, tez sonrosada, bigotes rojos. Su modo de andar era pesado como su talento. Sin embargo, á pesar de su mal aspecto, tenía de su persona la mejor opinión. Le gustaba hacer sonar el dinero en su faltriquera y decía á todos los que lo querían escuchar, que si él quisiera se casaría con la muchacha más bonita y más rica del pueblo.

Tenía un barco, pero iba muy poco á la pesca; su barca le era sobre todo útil para el contrabando.

Entretanto, la hermosura de María Ana, su amable fisonomía y tal vez también la pequeña fortuna del Sr. Lefloch, no tardaron en hacer una fuerte impresión en Marguen-Lo. Desde su posada, situada en lo alto del camino, podía abarcar toda la bahía, sobre la cual la aldea de Plouisic se deja ver en anfiteatro.

Muchas veces, mientras que se paseaba delante de su puerta, había visto á Joël y á su joven amiga partir para uno de sus paseos acostumbrados, sentado el uno junto del otro en el pequeño barco. Cuando veía esto se impacientaba muchísimo. Su figura se enrojecía de pronto, y entrando en su casa, cerraba con violencia la puerta.

Quiso hacer la corte á María Ana, pero, á las primeras palabras que le dijo de su amor, la joven levantó los hombros con impaciencia y se alejó de él.

Los celos le mordían en el corazón, porque un día después de haberlo rechazado desdeñosamente, la joven se dirigió sonriéndose á Joël y le rogó que la acompañara á Frégastel.

Desde este momento, se notó que Marguen-Lo iba más á menudo á pescar. Se esforzaba en acercarse á la barca de Joël siempre que estaba navegando y fijaba sobre los dos jóvenes su mirada airada y celosa. Esta manera de obrar tan indiscreta chocaba mucho á María Ana, y aumentaba más la antipatía que le inspiraba el joven posadero.

Un día, entre otros, Marguen-Lo había perseguido por más de una hora á Joël. Había desplegado todas las velas de su pesado barco y remaba con energía para alcanzar la barca ligera del joven pescador.

— Tened cuidado, Joël, exclamó María Ana arrugando el entrecejo; Marguen-Lo va á alcanzarnos.

Joël se volvió, fijó un instante su mirada sobre este rival tan torpe, y después, haciendo una seña de inteligencia á María Ana, izó súbitamente su vela triangular. El barco detuvo su rápida marcha; después se paró del todo. En seguida Marguen-Lo redobló sus esfuerzos y su energía, para apresurar la lenta marcha de su barco.

— ¿Qué hacéis, Joël? preguntó María Ana con inquietud. Os he dicho que Marguen-Lo estaba detrás de nosotros.

— Dejadme obrar, María Ana, respondió con tranquilidad Joël; os juro que no tendrá gana de empezar.

En efecto, al momento que vió que Marguen-Lo iba á acercarse más, izó de nuevo su vela. Se extendieron las cuerdas y la tela se hinchó con el esfuerzo de la brisa; la barca se sumergió hacia adelante en la espuma de las olas; después levantándose graciosamente, se puso á huir, rápida como la golondrina de mar.

Marguen-Lo se mordió el bigote con despecho. Estaba jadeando, anonadado por los esfuerzos que había hecho y no podía pensar en seguir su carrera. Recogió á su vez las velas murmurando, echó el ancla, después desplegó sus redes y las echó al mar al azar.

Al cabo de un cuarto de hora las sacó. Pero por más que las movió y las examinó con atención, ni un solo pescado mostraba su brillante escama. Marguen-Lo dejó escapar una exclamación de despecho y se preparó á echar por segunda vez sus redes, cuando observó entre dos mallas un objeto que le llamó la atención por su singular hechura.

Era una rama magnífica de coral rosa. ¿Cómo se encontraba en ese sitio una alhaja tan preciosa? Venía de algún naufragio? ¿La habían despegado las olas de una de las orillas de Oriente y la habían traído á esta lejana costa? Nadie puede saberlo. Era en la memoria de los hombres la primera vez que se había hecho semejante hallazgo en Plouisic, y todos los esfuerzos que se hicieron desde entonces por los pescadores para descubrir otro tesoro parecido quedaron siempre infructuosos.

Entretanto Marguen-Lo, loco de alegría, levantó el ancla y se dirigió en seguida á Frégastel. Fué á la tienda de un judío y le enseñó la rama de coral. Este la examinó, la volvió, hizo un mohín desdeñoso y concluyó ofreciendo á Marguen-Lo una cantidad irrisoria, teniendo en cuenta el valor de este precioso objeto, aunque muy importante á los ojos del posadero. A pesar de eso, no se decidió Marguen-Lo á separarse todavía de su rama de coral. Va á buscar á otro joyista; éste, un poco más honrado que su cofrade, le ofrece un precio doble.

El posadero comprendió entonces el valor de su

hallazgo; volvió á Plouisic lleno de gozo, y se cerró en su casa, para contemplar á su gusto el tesoro y abandonarse sin testigos á los más brillantes ensueños.

### XII

Ocho días después de este suceso, de que se habló mucho en toda la costa, María Ana, sentada en el jardín de la casita, á la sombra del vallado, arreglaba un ramo que acababa de coger, cuando de pronto, un ruido en las hojas le hizo volver la cara. Dió un grito de alegría cuando oyó, entre las flotes blancas abiertas, en el vallado, la alegre sonrisa de Joël.

La joven corrió á la puerta, la abrió, y estrechando la mano del joven:

— En fin — dijo echándole una mirada de censura — ¡cuánto tiempo hace que no vienes á verme, Joël!

— Es verdad, María Ana — dijo Joël, sus grandes ojos azules estaban radiantes de felicidad. — Pero he tenido tanto que hacer estos días...

— ¡Ya, ya, buenos quehaceres! — prosiguió la joven moviendo la cabeza.

Invitó á Joël á sentarse á su lado en el banco y continuó:

— ¿Creéis, pues, que yo no os he observado? No habéis cogido ni un pescado esta semana. No sé si el hallazgo de Marguen-Lo os turba la cabeza; habéis pasado todos vuestros días al rededor de las rocas. Esto no está bien, Joël — añadió con tono sentencioso. — Os aseguro que vale más ganarse la vida honradamente con su trabajo, que correr de ese modo tras supuestos tesoros.

— ¡Qué triste estáis hoy, María Ana! — dijo Joël.

— ¡Y vos, qué aire tan alegre tenéis! — contestó María Ana, fijando en el joven una mirada en la que se leía una suave censura.

Hay momentos en que la alegría de los demás nos es penosa; María Ana sentía ver á Joël tan dichoso, cuando ella tenía en el corazón una tristeza tan viva.

— ¿Y de dónde os viene vuestra felicidad? ¿por qué os veo vestido con el traje de los días festivos? ¿Habéis heredado?

— Sois cruel conmigo, María Ana — respondió el joven pescador con dulzura. — ¿Creéis que tengo tanto apego al dinero?

— Vuestra conducta me parece que lo hace suponer.

Joël se levantó con los ojos húmedos y dió algunos pasos para retirarse. Pero esta debilidad fué sólo de un instante. Volvió al lado de la joven, y fijando sobre ella su mirada franca y honrada:

— ¡Y bien! ¡Sí, María Ana — dijo — he descubierto este tesoro que busco hace tantos años! Es mil veces más hermoso que el de Marguen-Lo, y si queréis acompañarme, voy á enseñároslo.

María Ana se quedó tan turbada con estas palabras, pronunciadas en tono firme y decidido, que se quedó un rato como muda por la sorpresa. En fin, recobrando la palabra:

— ¿Decís verdad, Joël? — exclamó con una expresión de gozo que no tardó en disimular. — ¡Oh! ¡Si fuera así!...

Joël se sonrió viendo el súbito cambio que acababa de operarse en los sentimientos y en el lenguaje de la sencilla niña.

— Venid conmigo, María Ana — dijo él — y pronto espero, admiraréis mi descubrimiento.

María Ana corrió ligera como un pájaro á la casa para pedir licencia á su padre para acompañar á Joël.

El viejo piloto estaba muy preocupado. Marguen-Lo le había pedido una entrevista en aquel mismo día, y del modo que se le había hecho esta petición, el anciano había adivinado fácilmente cuál sería el asunto de la conversación. Marguen-Lo debía llegar á las dos; ya era más de la una y media, y Lefloch buscaba en vano en su imaginación un pretexto para alejar á María Ana de la casa durante algunos momentos.

Por eso acogió con mucha satisfacción la petición de su hija.

— Vé, hija mía, vé — le respondió alegremente, como un hombre que se encuentra de pronto libre de una gran preocupación. Le darás á Joël muchos recuerdos de mi parte. Me parece que hace mucho tiempo que no viene á vernos.

— Hasta la vista, mi buen padre.

María Ana dió un beso en la frente al viejo marino, tomó su sombrero y salió muy alegre á la puerta del jardín, donde la aguardaba Joël. Mientras iban por la playa, con dirección al barco, ella le dijo con voz suave:

— No debes enfadarte conmigo, mi buen Joël, si acabo de recibirte con tanta frialdad. Estaba muy triste. ¿Por qué? No lo sé. Otras veces estaba muy contenta, cantaba, reía como una niña, desde por la mañana hasta por la noche. Ahora, cuando estoy



sola, en el jardín ó en mi cuarto, algunas veces me pasa que se me llenan los ojos de lágrimas. Esto es muy raro, ¿no es verdad? Muchas veces me parece que tengo en el corazón un peso que me ahoga; es un verdadero sufrimiento. Trato de distraerme y no puedo. Cuando era niña, no sentía nada parecido... ¿Por qué, pues, ahora?...

Prosiguió después de una gran pausa:

— ¿Queréis saber, Joël, por qué estaba triste ahora, cuando parecíais estar tan contento? Porque temía que perdiérais el tiempo buscando ese tesoro, y que no trabajando, os volviérais malo, vos, que sois tan bueno, y que tal vez, después de pesquisas inútiles por muchos años, os encontrárais al fin más pobre y más desgraciado que hoy día, por vuestra culpa.

Se calló por algunos instantes, después continuó dando un gran suspiro:

— Y además, mi buen Joël, tengo en el fondo del corazón un gran disgusto. ¿Me prometéis ser discreto?

— Os lo prometo, María Ana.

— ¡Y bien! escuchadme. Ayer, Marguen-Lo ha venido á instalarse en nuestra casa durante tres largas horas... Por la noche me ha preguntado mi padre, con alguna dificultad, si estaba dispuesta á casarme pronto. He comprendido lo que quería decir y he tenido miedo. Porque quisiera mejor morirme, Joël, os lo aseguro, que ser mujer de Marguen-Lo.

María Ana pronunció estas palabras con tono firme, que prometía que la animosa joven sería capaz de cumplir su juramento.

Joël le respondió con una sonrisa tranquila, y le dijo con acento de la más exquisita cordialidad:

— Si no queréis ser la mujer de Marguen-Lo, estoy seguro que nadie os obligará.

### XIII.

Algunos instantes después, el barco se alejaba de la orilla, trazando en el tranquilo mar una estela plateada.

— ¿De qué lado vamos, ¡Joël? — preguntó la joven.

— Vamos hacia Négastel.

— ¿Hacia Négastel? — dijo María Ana admirada. — Pero entonces ¿por qué tomamos este camino, y nos aventuramos á través de estas peligrosas rocas?

Una rápida expresión de triunfo pasó por el varonil rostro de Joël. Respondió:

— No temáis nada, María Ana; ya no habrá naufragios en nuestra costa... Y el mismo Terrible va á perder muy pronto su nombre.

La joven fijó sobre Joël una mirada de sorpresa, no sabiendo si hablaba serio ó si estaba de broma.

— Sí — respondió el joven marino con voz entrecortada. — Pero hacedme el favor de no dirigirme la palabra durante unos momentos, María Ana. Necesito de toda mi atención.

Se encontraban en este momento en medio de un espantoso laberinto de rocas que mide casi una legua de circunferencia. Son unas cordilleras á flor de agua, cubiertas de algas, de picos tallados en rocas vivas, inmensas tablas de piedra, piedras amontonadas, grutas oscuras y profundas donde el agua penetraba con un ruido sordo; en una palabra, un desorden gigantesco, un laberinto inextricable, una especie de Venecia de granito con sus estrechos canales, con encrucijadas amontonadas, cuyas pintorescas ruinas evocan en la imaginación el recuerdo de esos tiempos fabulosos en que vivían los cíclopes y los gigantes.

Ningún pescador se había atrevido todavía á aventurarse en este sitio siniestro, donde más de mil embarcaciones se habían perdido cuerpo y bienes.

En los dos puntos extremos de esta masa de rocas, conocida por los pescadores de la costa con el expresivo nombre de « Campo de Piedras, » se levantan dos enormes rocas, que son como las fortalezas avanzadas de este peligroso punto. La una, situada en plena mar, ha recibido el nombre de « Terrible. » Es una masa de granito, de treinta metros de alto, cuyas paredes, azotadas constantemente por el mar, son tan lisas como las murallas de un castillo fuerte. Su cima está cubierta de una vegetación pardusca. Este temible espolón ha destrozado muchos navíos. Las olas se agitan sin cesar al rededor de sus bordes, que cubren con su blanca espuma.

Se dice que un cinturón de torbellinos la rodea, por lo que ha sido imposible establecer allí un faro.

Al otro extremo del Campo de Piedras, cerca de la costa, y siguiendo las cortadas, se levanta el « Isnín, » al rededor del cual reina una corriente terrible. Situado apenas á algunos metros de la orilla, no es peligroso sino en los tiempos borrascosos: porque entonces la corriente se extiende á lo lejos

en el mar y trae contra la cordillera los barcos imprudentes que el viento ha empujado en las aguas. Hemos visto que si una ráfaga violenta no la hubiese desviado providencialmente, hace algunos días, la barca de Joël se hubiera hecho pedazos.

Habían establecido en la cima del Isnín un calvario, y muchas veces, cuando el cielo se cubría de pronto de nubes, cuando los rápidos relámpagos daban á las negras olas un color fosforescente, cuando se elevaban las olas furiosas y mugiendo, cubriendo las rocas de grandes sábanas de espuma, las pobres mujeres de los pescadores subían la escarpada cuesta que conduce á lo alto de la roca y venían á abrazar la cruz dirigiendo al cielo lastimeras plegarias.

María Ana contemplaba con espanto este extraño y terrible espectáculo, que se ofrecía á sus ojos por primera vez.

Le costaba trabajo el contener un grito de terror cuando el endeble barco rozaba estas rocas negras, al rededor de las cuales el agua hervía con un ruido siniestro. Después, dirigía su mirada al joven marino, y viendo la tranquilidad y seguridad con las cuales guiaba el barco, en medio del Campo de Piedras, sentía que disminuía su temor, y recobraba la confianza.

El barco avanzaba muy lentamente.

Joël estaba inclinado, con la mano sobre el timón, la mirada fija, tan pronto hacia adelante, tan pronto sobre el mar, cuyo color oscuro indicaba una gran profundidad.

No pronunciaba una palabra y parecía sumergido en graves pensamientos. María Ana respetaba el silencio del joven pescador, pero su corazón latía con fuerza. Sus ojos no se separaban de Joël ni un momento. Esperaba con ansiedad el desenlace de esta conmovedora aventura.

Sin embargo, al cabo de una hora de esta marcha tan lenta, María Ana, devorada de impaciencia, trató de reanudar la interrumpida conversación.

Señaló con el dedo los dos grupos de rocas que se elevaban á cada lado del barco, y dijo á media voz, pero de modo que la oyese su joven compañero:

— ¡Qué ancho está esto! Puede pasar por aquí un navío grande.

Esta frase tan sencilla sacó de pronto á Joël de su actitud meditabunda. Levantó bruscamente la cabeza, miró á María Ana con una mirada en la que se leía la expresión de una inmensa felicidad. Después, poniéndose en pie en su barca, apoyado en el timón, extendió los brazos y dijo con voz vibrante:

— ¡Mirad, María Ana, este es mi descubrimiento! La joven dió un grito de sorpresa.

(Se continuará.)

### PATENTES DE INVENCION

Lista de las solicitadas y registradas en el Conservatorio de Artes hasta la fecha.

3790. D. Miguel María Moltó, vecino de Alcoy; certificado de adición á la patente expedida en 25 de Enero de 1883.

3791. D. Lorenzo Echevarría Arechaga, vecino de Madrid; patente por 20 años por un aparato mecánico de baston-escopeta.

3792. D. Guillermo León y Compañía, vecino de Barcelona; patente por 5 años por un porta-muestras postales.

3793. D. Aureliano Ximénez Cros, vecino de Valencia; patente por 20 años por un sistema de movimiento de las bombas aspirantes é impelentes.

3794. D. Cristóbal Rosell Fúster, vecino de Barcelona; patente por 20 años por un aparato carburador mejorado.

3795. Mr. Thorsten Nordenfelt, vecino de Westminster (Inglaterra); patente por 20 años por mejoras en porta-cartuchos para armas de fuego que se carguen por la culata.

5796. D. Mariano Agrela, vecino de Madrid; patente por 20 años por perfeccionamientos en los hogares para quemar el bagazo recién molido ú otros combustibles húmedos.

3797. D. Guillermo Buchholtz, vecino de Bruselas; patente por 20 años por un procedimiento para comprobar el servicio que hacen los carruajes de alquiler.

3798. Mr. Alexander Berustein, vecino de Boston (Estados-Unidos); patente por 20 años por reformas en lámparas eléctricas incandescentes.

3799. La sociedad anónima de Metalurgia y construcciones, avencinada en Bilbao; patente por 20 años por aparatos para calentar el aire de los altos hornos de fundición de hierro.

3800. D. Federico Westfalt, vecino de Bergisch

(Prusia); patente por 20 años por construcción de barriles prismáticos de papel sin aros.

3801. Hermann Baumotte y D. Rodolfo Nogerath, vecinos de Wornachen; certificado de adición á la patente expedida en 25 de Agosto de 1883.

3802. La Sociéte anonyme des machines á chandelles et boujies, Systeme Royan, avencinada en París; patente por 10 años por una máquina para fabricar velas y bujías.

3803. D. Francisco de Paula Aguilar, vecino de Barcelona; patente por 20 años por un procedimiento para obtener la disolución en el agua del fosfato, carbonato y fluoruro cálcicos.

3804. D. Vito Montaner y Cerutti, vecino de Madrid; patente por 5 años por un sistema de calefacción tubular á domicilio por medio del vapor.

3805. D. Francisco Barbé, vecino de París; patente por 20 años por un procedimiento químico para la producción de un nuevo fosfato de cal sólida no delicuescente y enteramente soluble en el agua.

3806. D. Ramón Alorda y Pérez, vecino de Valencia; patente por 20 años por un procedimiento para el dorado y pintado de toda clase de reflejos metálicos aplicados á la cerámica.

3807. D. Juan Bautista Gastón Vauzelle, vecino de París; patente por 20 años por una nueva pila eléctrica de sulfato de cobre.

3808. D. Emilio Hilario Amagat, vecino de París; patente por 10 años por un nuevo ebulloscopo diferencial.

3809. D. Joao José de Mendouça Cortez, vecino de Lisboa; patente por 20 años por un procedimiento para poner en relieve las cartas geográficas y otras.

3810. D. Jose Vázquez, vecino de Barcelona; patente por 20 años por un nuevo sobre de seguridad para cartas.

3811. Sres. Bertrán hermanos, vecinos de Barcelona; patente por 20 años por un nuevo motor de gas.

3812. D. José Manuel de Minteguiaga y Goicoechea, vecino de San Sebastián; patente por 20 años por un sistema de pistola-revolver.

3813. D. Luis Martínez Codoñer, vecino de Valencia; patente por un freno en sustitución de la « galga » aplicable á toda clase de carruajes.

3814. D. Francisco Bas, vecino de Sabadell; patente por 20 años por un nuevo motor de gas.

3815. D. Francisco Ibison y O' Neale, vecino de Jerez de la Frontera; patente por 20 años por un procedimiento de vinificación de los vinos blancos.

3816. Mr. Jean Baptiste Romeuf Boyé, vecino de Madrid; patente por 20 años por un motor de acción metálica de engranaje, sistema R. B. J. B.

3817. Mr. Francois Van Rysselberghe, vecino de Schaerbak (Bélgica); patente por 20 años por mejoras en los aparatos de telegrafía y de la telefonía hablada.

3818. D. Hlario Izaba y Lasarte y D. Eugenio Próspero y Larce, vecinos de la Habana; patente por un aparato, por medio del cual se obtiene en la elaboración del azúcar una gran economía de brazos, de tiempo y de combustible.



*Encomendamos á las oraciones de nuestros suscritores el alma del Excmo. Sr. D. Antonio Benavides, que acaba de morir en Villacarrillo, provincia de Jaén.*

*Reciba su ilustre hermano, el Excmo. y Rmo. Señor Cardenal Arzobispo de Zaragoza, la expresión de nuestro sentimiento por esta desgracia que le aflige. El Señor le conceda los consuelos de su misericordia.*

### A LOS CORRESPONSALES

Rogamos á todos, que se sirvan liquidar sus cuentas, y los atrasados, ponerse al corriente. La empresa de LA ILUSTRACIÓN no está dispuesta á tolerar la morosidad de ningún corresponsal. Creemos que ellos tampoco consentirán en que apelemos á procedimientos que comprometan su crédito. A los buenos, LA ILUSTRACIÓN envía la expresión de su reconocimiento.

TIPOGRAFÍA GUTENBERG, á cargo de M. Salamanqués, Villalar, 5.